

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. Número suelto, 10 céntimos. Atrasado, 25. Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## Machacar en hierro frío

Hace tiempo que estoy convencido de que mi labor se reduce a eso: á machacar en hierro frío. Pero como también ese modo de machacar da resultado, aunque más lentamente, sigo dando golpes. Si de mí sólo se tratase, quizá desde hace tiempo no me ocupara de política republicana, porque realmente no merece tal nombre este continuo luchar por pequeños, este incesante movimiento de comités, juntas, directorios, esta discusión incesante de personalidades, que sólo sirve para contribuir á que la desunión siga y la avenencia sea imposible. Pero como mis lectores lo quieren, dedico por complacerles varias columnas de cada número á nuestra politiquilla, robándoselas á la propaganda anticlerical, que es la que más debería preocuparnos en estos instantes.

Al hacerlo voy contra mi propio interés; y tan convencido estoy de esto, que cada vez que tomo la pluma me digo: «Ea, vamos á trabajar por la verdad y contra El Motín.»

Aunque bien mirado, esto importa bien poco.

Lo terrible aquí, es que estamos de tal modo los republicanos, que si por un azar de la suerte viniese mañana la República de manera parecida á la otra vez (no lleva trazas de eso), nos encontraríamos desde el primer momento sin saber qué hacer ni por dónde tirar.

«Ya saldrían hombres» se dice. Y sin que yo niegue que esto pudiera ser (aun cuando ahora no sepa por dónde andan esos hombres), replico: «Sí, pero saldrían después; no el mismo día de la implantación del régimen. Y si se descuidaban un poco, podrían llegar tarde.

Porque aun suponiendo que en dos horas (lo cual es imposible) los republicanos nos pusieramos perfectamente de acuerdo en todo y para todo, ¿de dónde saldrían los hombres de energía y corazón capaces de resolver en otras dos horas lo que al bien del régimen y de la patria conviniera? No hablo de los hombres de entendimiento, que éstos abundan entre nosotros, sino de los de voluntad y de memoria.

¿Que á qué viene todo esto? A declarar una vez más que no sería República salvadora ni viable la que no viniera después de un gran cataclismo que volcase muchas cosas, exterminase otras y diera tiempo á que se manifestasen los hombres que habrían de acabar de demoler lo ruinoso, de barrer lo podrido y conservar después lo creado.

Porque me da miedo pensar en que volviera á caer el gobierno de la República en manos de los que perdieron la del 73 y que en 25 años nada eficaz han hecho para restaurarla. Miedo que se

duplica al suponer que cayera en manos peores aún: en las de los que han salido más tarde, y tienen todos los defectos de aquéllos, sin su talento ni el resto de prestigio que todavía les queda.

En síntesis: que según mi leal saber y entender, República que no viniese por una revolución ciega y brutalmente justiciera en sus comienzos, no viviría lo bastante para que apareciesen esos hombres que todos consideramos necesarios para salvarla.

Y discutiré con quien sostenga lo contrario, siempre que ciña sus escritos al tamaño de los míos, argumento bien y escriba regularmente siquiera. Y si me convence de que estoy equivocado, lo reconoceré lealmente.

¿Pero qué ha de convencerme nadie, si hasta los monárquicos reconocen que la revolución es indispensable? Maura, liberal, beato y exministro, dijo en el último discurso que pronunció en las Cortes:

«Está en la convicción de todos que España tiene que pasar por una revolución: la revolución, si no la hacemos aquí, se hará en las calles. Es absolutamente inevitable.»

¿Se van enterando los señores republicanos que se agarran la conciencia con un trapito?

## TEORIA RANCIA

### «AQUI HACE FALTA UN HOMBRE»

La mayor confesión de impotencia que hacen los radicales en estos momentos, es gritar llenos de angustia: «¿Dónde hay un hombre? Tanto es esto como trabajar por el autoritarismo, conservando en la conciencia la convicción de que unos deben obedecer siempre y otros mandar eternamente. Cada uno de esos modelos de atificados, no se las debe dar en parte alguna de aspirante á emancipado.

No, no hace falta un hombre; lo que urge es que cada cual de los *avanzados* tenga noción clara de la justicia, y sepa lo que representa su propio individuo cuando cabalga sobre la cruz de los pantalones. Antes que encontrar ese Sansón, á riesgo de que una vez triunfante cualquier Dalila le corte la melenita, es preciso que los *ciudadanos*, los pigmeos, demuestren saber lo que quieren y acrediten que pueden manejar sin agotamiento físico un adarme de peso.

Hablemos claro; aquí se le va á la gente la fuerza por la boca. En el seno de los partidos avanzados hay un núcleo, que hasta ahora parece el más importante, de convencionalistas... ¿Pues poco bien que les vendría un cambio político con un destino ó una preeminencia? Para eso, para eso nada más hace falta el hombre que reparta, el padrino de actualidad, el cacique dispensador de gracias.

Para imponer un régimen de justicia por la voluntad de los más; para destruir organizaciones harto criticadas y bien anuladas ya en la esfera de la controversia científica; para en cada pueblo y en cada lugar que suprimir despóticas, quitar vividores, destruir parásitos sociales, realizar lo que conviene á la mayoría, inspirados en ideas de progreso y alentados en su trabajo por la bondad y la honradez, que es patrimonio de la humanidad, siendo la excepción el crimen, para eso no hace falta ninguna ese hombre providencial tan clamado.

¿Qué! ¿ba ese favorecido sujeto, que permanece en el misterio porque su existencia sería una alteración de las leyes naturales, iba á crearnos muchedumbres que á una or-

den suya se lanzaran á la conquista del pan y á la anulación de los privilegios?

Si no han sido suficientes todas las predicciones de 25 años y todos los hechos que han determinado la ruina nacional sería ahora bastante la aparición de un tráfuga monárquico, de un general despota ó cruel, de un republicano viejo y aburrido, para que se entusiasmasen el país?

Las idolatrías desquiciaron en su tiempo, en su verdadero instante de acción oportuna y eficaz para la patria, la obra de los republicanos. Porque surgía el hombre, (Zorrilla, Castelar, Salmerón) iba muriendo el país. Ahora que no surgen porque van teniendo verdadera consistencia las ideas, se pretende de nuevo una obra ineficaz, tanto como la revolución de Septiembre y la República lo fueron para España, que hoy ha retrogrado hasta ser gobernada por los Silvelas, los Pidales y los Polaviejas.

No; que no salga el autor, pues ha de convertirse muy aprisa en tirano, aunque se *tráigalos*. Que el pueblo, si está penetrado de lo que le condena á servidumbre y brutal explotación, encaje sus determinaciones en las ideas que valen y perduran porque llevan la justicia por espíritu y la rapidez de difusión por enorme fuerza expansiva sin ruido; que el pueblo se sienta con vergüenza, como en Zaragoza se ha manifestado al expresar un momento el concepto que le merece el jesuitismo y el porvenir que prepara á la influencia clerical; que haga otro tanto con cada tema sobre el que pueda exteriorizar su convicción, y pronto se verá cómo no hace falta ese *buen hombre* resúmen en su insignificante pellejo de las grandezas á que aspira España y de la justicia porque claman sus habitantes.

Trabajemos todos, transigiendo lo que sea debido, pero no admitiendo que la redención ansiada vaya á derivarse de la transacción con los eternos enemigos...

Y para esto, basta con que cada insignificante, cada radical hoy desanimado por la ausencia del *gran compadre*, afirme entre los suyos y demuestre en las ocasiones que se le ofrezcan, la *mitad de hombre* verdad que va cabalgando sobre la cruz de sus calzones.

LUIS ASEJO

## Los comparsas de Romero

Deberían presentarse espontáneamente en sus distritos los diputados republicanos á dar cuenta de su gestión. Pero si no lo hicieren ¿por qué no se lo exigen sus electores?

Si, deben presentarse en el acto á recibir los aplausos, si quieren dárseles, ó la silba, que será lo que probablemente querrán darles.

¿O es que se perturban los distritos, ofreciéndoles venir á atacar la monarquía y trabajar por la República, para salir del paso con cuatro tópicos vulgares, ó con cuatro interrupciones mitad inoportunas, mitad inocentes?

En un momento de crisis nacional tan terrible ¿no eran los republicanos los llamados á hacer oposición enérgica, á oponer las ventajas del régimen republicano á los desastres del actual?

Si la obstrucción se imponía para impedir la funesta obra económica del gobierno ¿por qué no la han hecho? ¿Por qué, en suma, han permitido que las sesiones se suspendan á pretexto del calor? ¿Vaya unos revolucionarios que hasta de sudar se asustan!

Con poco que hubieran hecho habrían

conseguido mucho. Si un monárquico de historia accidentada como Romero Robledo ha podido solo traer en jaque al gobierno ¿qué no hubieran conseguido diez ó doce republicanos de *verdad*?

Han venido al Congreso para hacer opinión en favor de la idea republicana. ¿Y qué han hecho? Pregúntesele á cualquiera, republicano ó monárquico, y de seguro no sabrá qué responder. El que más atentamente haya seguido su campaña, se limitará á decir:

«Han venido á corear á Romero Robledo; á servirle de comparsas.»

Y habiendo hecho esto solamente, están en el deber de presentarse á sus electores, para que éstos les digan cara á cara lo que piensan de ellos; que si es lo mismo que casi todos los republicanos pensamos, su propio decoro les impedirá volver á ocupar los escaños.

Tan grande ha sido la estafa que han hecho á la opinión los que, de haber querido hacerlo, habrían puesto al país entero al lado de los republicanos, que las censuras más acervas parten de los monárquicos mismos. (Como que á nadie le gusta luchar con enemigos pequeños)

El país ha sufrido un gran desencanto. Tal ansia tiene de oír soluciones claras y concretas, de encontrar hombres enérgicos, de contemplar actos viriles, que habría preferido ver á los republicanos exageradamente revolucionarios, á verlos tan sensatos, tan bien educados, tan prudentes...

## La verdad se impone

Hablando de la valentía con que los hombres importantes de Bélgica se han puesto al lado del pueblo en los últimos disturbios, dice Fernando Lozano en las mismas *dominicales* donde tantas veces defendió y elogió á los jefes y directores de la política republicana:

«He ahí lo que viene faltando desgraciadamente á nuestras masas populares.

Y no se diga que el nuestro es un pueblo degradado. Ese pueblo degradado ha hecho la República un cuarto de siglo antes que el pueblo belga, y aquel pueblo belga viene sufriendo quince años de gobierno clerical, mientras aquí han alternado liberales y conservadores.

No; lo que aquí se ha visto es la incapacidad absoluta de los directores. Recuérdese, sino, el soberano triunfo de las elecciones de Madrid. ¿Qué hicieron de aquel soberbio poder que la primera ciudad de España puso en sus manos? Disolvieron como humo; traer, con el desencanto del vecindario madrileño, este excepcionismo y esta insensibilidad que tienen corrompido el cuerpo político madrileño.

¿No se ha visto mayor incapacidad! Lo difícil es reunir un cuerpo electoral como éste. Perderlo, es culpa completa, absoluta de los que le representan. Ved si no, cómo no pierden cuerpo electoral los republicanos socialistas belgas; antes bien, lo ganan. Porque allí hay dirección, porque allí hay cerebro; por que los diputados van á vencer ó morir, y el pueblo que los ve los sigue con ardor, y no sólo el pueblo sino el ejército. ¿Vió el pueblo de Madrid que sus diputados hicieran nada parecido á lo que acaba de verse en el Parlamento belga? ¿Los vió hacer oposición con las manos, con los pies, tocando trompetas, cantando la Marsellesa?

¡Oh, qué horror! Si aquí hubiera osado cualquier diputado republicano indicar sólo que se hiciera una oposición de ese género, al punto le hubieran mirado sus compañeros con aire despreciativo, diciéndole que eso sólo se ocurre hacerlo en un país degradado y envilecido.

¿A donde podía ir un partido popular dirigido por tales hombres?

Que no se culpe, no, al pueblo español de falta de bríos y de entusiasmo. Irá donde vaya el pueblo belga y cualquiera otro. ¿No le acabais de ver arrojar á la calle en Zaragoza á que le maten sólo por protestar contra la injusticia? ¿Y en donde estaban sus guías, que le infaman hasta acusarle de cobardía, mientras ese infeliz pueblo derramaba tan inútilmente su sangre?

Esos mismos movimientos indisciplinares que acaban de verse, no son sino la consecuencia inevitable de encontrarse el pueblo sin guías. No oye, no respeta, no quiere el pueblo á los directores de la acción republicana, porque los ha visto helados, sin entusiasmos, sin bríos, haciendo oposición de comedia.

¿Pensar que en el verano último no había aquí Gobierno, ni nada; que el poder estaba en el arroyo á disposición del primer osado, y que no hubo alientos para intentar siquiera cumplir con el deber y con el honor!

Se dice que el pueblo español estaba muerto. Falso. Bien vivo le hemos visto nosotros esperando la realización de palabras que han resultado falaces. Lo que hay es que la parte militante del pueblo estaba organizada en partidos y no podía hacer nada mientras no se le diesen órdenes.

No se ha movido porque esperaba órdenes de sus organismos superiores. Por no haberse movido se le llama muerto y embrutecido. Si se hubiera movido y fracasado, se le hubiera llamado rebelde é indisciplinares, que merecía bien morir abogado en sangre.

Pero es en vano querer con palabras fuertes y con sofismas eludir el cumplimiento de supremos deberes, y ese pueblo que parece tan estúpido sabe perfectamente hacer justicia á hombres y á actos.

Por eso, porque no se ve dirigido sino de nombre; porque ve que arrojan del hombro mañosamente responsabilidades y deberes; porque una vez de ver, como está viendo el pueblo belga, que sus representantes van á dar de bofetadas á sus adversarios si es preciso para cumplir sus deberes, ve aquí, como acaba de verlo el pueblo español, que para cumplir deberes infinitamente mayores, para defender la patria contra los que la vendían y la entregaban al extranjero, sus representantes no se movían de sus rincones, no salían por esas calles á gritar y á protestar, no iban á dar de bofetadas á los que nos arrebatan vida y honor, no ponían su cuerpo y su libertad y su pluma delante del Gobierno odiado, haciendo que correspondiese á la magnitud del desastre que sufría España; por eso el pueblo se encoge de hombros y está cada día más divorciado de unas jefaturas que le han servido sólo para entretenerle, hacerle perder tiempo y dar lugar á que se consolidase cada día más el poder monárquico.

Hora es de que se diga claramente la verdad. Se acusa al pueblo de no haber hecho nada ante tanto desastre. Si el pueblo no estuviera organizado en partidos, el reproche sería justo. Estando como está organizado, el reproche es injusto. Los responsables son los que no le han dado órdenes de moverse. En algunas partes, como en Vigo á la llegada de Toral, el pueblo se ha echado siquiera á la calle á protestar. ¿Quién ha visto á los organismos superiores de los partidos populares hacer nada parecido?

Que no se hable, pues, de que éste es un país perdido; que se diga mejor que hay una dirección de las masas populares perdida.

Habría razón para acusar al pueblo, si habiéndole dado órdenes no las hubiera cumplido, ó habiéndole ofrecido las jefaturas ejemplo de vigor y arrojo, si hubiera quedado metido en casa. No habiendo sucedido nada de eso, es un calumnias del pueblo el que le acusa de degradado y despreciable por no haberse movido.

Si se hubiera visto por las calles de Madrid, como acaba de verse en Bélgica, ir los jefes de los partidos populares cantando la Marsellesa entre banderas y músicas para significar que aquí no había otra salvación que la República; si se les hubiera visto ir á gritar delante de las narices de Sagasta: «¡Viva la República, como se ha visto á Furnemont (bien serio y bien grave que es!) ir á tocar pitos delante de las narices de los diputados monárquicos, ¿quién duda que Madrid entero se va detrás de esas jefaturas populares? ¿Pues no ha acaudilado al soberbio mitin de revisión, que tenía, sin embargo, un interés bien subordinado al que se ventilaba en el verano último?

Pero ni pensar siquiera en tales cosas se ha podido con estas jefaturas arcaicas de nuestras masas populares. «Eso no es serio. Esas son populacheras. Esas son mamarrachadas...» No faltará palabras fuertes con que matar todas las energías viriles, á la vez que se excusa el más

Biblioteca de «El Motín»

## El dolor universal

POR

Sebastián Faure

Los asertos de Malthus están gloriosamente anulados. Hay sitio para todos, para todos absolutamente, en el banquete de la vida. Los convidados tienen la seguridad de no carecer de nada. Por muy hambrientos que estén sus estómagos, no hay que temer que falte lo necesario.

Se engañan, pues, (no quiero emplear otra frase más dura para ellos) los que se obstinan en mover la cabeza como desesperados, deplorando que la naturaleza sea irremisiblemente avara, y proclamando á la vez que esta avaricia es inevitable y fatal. Y después de esta refutación, que algunos hallarán acaso un poco larga, pero en la que he creído deber insistir con gran lujo de detalles, atendiendo á lo importante del número de las personas á quienes se dirige, no vacilo en decir:

«Si una gran parte de la población está privada de lo estrictamente necesario, no es por falta de ropa, de sustancias alimenticias, de habitaciones. Ahora nuestro deber permite ya la satisfacción amplia de todas las necesidades. Si existe una multitud de ignorantes y de no versados en las letras, no quiere eso decir que la humanidad esté condenada al pauperismo intelectual. La causa de todos los males, físicos é intelectuales no está en la Naturaleza; hay que buscarla en otra parte.»

Preséntase aquí una consideración tan importante que me es imposible pasarla en silencio.

He dicho en el primer capítulo que el problema que hay que resolver consiste en establecer un medio social que asegure á cada individuo toda la felicidad posible. En otros términos, que se trata de establecer socialmente una relación constante entre las necesidades y la posibilidad de satisfacerlas, ó lo que es igual, una especie de ecuación entre la felicidad disfrutable y la felicidad distribuida. Es además fácil de comprender, que la necesidad de resolver el problema social será tanto más imperiosa y urgente, cuanto más desarrollado esté el espíritu de examen, sean más numerosos los elementos de investigaciones fisiológicas, y, por consiguiente, más difícil de disfrazar esa falta de equilibrio.

Ahora bien, en época alguna de la historia ha sido el abismo tan ancho y tan profundo; jamás tampoco tan general y categórica la necesidad de examen; jamás, en fin, más fácil el probar la incoherencia inconcebible de esta sociedad donde podría y debería haber bienestar, instrucción y felicidad para todos, y en la que el dolor, la ignorancia y la miseria, aprietan los corazones y los estómagos. Cuando en presencia de actos graves de sublevación ó indisciplina se esfuerzan los magistrados en renegar la responsabilidad hasta pretendidos agitadores; cuando los periodistas y los polizontes atribuyen á la ingerencia de agentes ocultos el toror de las reivindicaciones obreras, las indignaciones populares, el descontento de las multitudes, las protestas enérgicas, los tumultos, los motines, las insurrecciones, legisladores, periodistas y magistrados dan prueba de una triste incoscencia ó de una detestable bellaquería. Lo agudo de la crisis que atravesamos, denunciado por mil manifestaciones particulares y colectivas, no tiene otro origen que el arriba indicado.

Todas las excitaciones á la sublevación—excitaciones y sublevación siempre peligrosas para el sublevado y el excitador—serían impotentes si se dirigieran á seres que gozaran de toda la suma de felicidad compatible con el progreso humano. Sólo la comprensión de las necesidades provoca la cólera.

La situación verdaderamente revolucionaria se desprende de los hechos mismos, y aunque se encareciera ó fustigase á todos los agitadores, permanecería lo mismo. ¿Se cree que los hambrientos no verían ya en el campo los frutos cosechados,

en la ciudad los alimentos almacenados; que no continuarían los harapientos advirtiendo que existen montañas de ropa; que no tendrían los descalzos la audacia de comprobar de que en los almacenes hay pirámides de calzado; que los que carecen de asilo no tendrían el mal gusto de pensar que se está bien en las casas y que en la cama se duerme cómodamente? ¿No se vería por eso la clase media menos abrumada por la concurrencia, y refluendo, impulsada por la ruina, á las filas del proletariado? En fin, las personas de corazón y de talento ¿no sufrirían menos iniquidades sociales, represiones ridículas, persecuciones asesinas?

Si la cuestión social domina á la hora presente á todas las preocupaciones, es porque en momento alguno fué tan desmesurada la distancia entre lo que es y lo que pudiera y debería ser.

II

### El individuo

Acto de acusación contra el individuo.

Véase ahora el acto de acusación dirigida contra el hombre mismo:

«La humanidad es desgraciada. Es imposible dejar de venir en esto. ¿Pero á qué buscar tan lejos la causa de este triste estado de cosas? La buena opinión que tenemos de nosotros mismos nos impulsa á censurar á la naturaleza ó á la sociedad; pero si á un minucioso examen de conciencia nos dedicásemos, llegaríamos muy pronto á reconocer que el hombre mismo, ser esencialmente vicioso y malo, es el único autor responsable de todos los males que le abruman. El es quien con sus propias manos teje la túnica de Neso que envuena y mata su ventura. El lleva en sí el germen indestructible de todas las tendencias criminales. El es perezooso, egoísta, violento, reñidor, cruel, embustero, falso, codicioso, dominante. Todas las malas pasiones se agitan victoriosas en él y es esto como una especie de mancha original y tan indeleble, que ningún tratamiento ha logrado hasta ahora, ni medicación alguna, que desaparezca. En todos los tiempos ha sido impotente la represión para estirpar la raíz del mal. Dejád, pues, de buscar en otra parte que en el ser humano la causa de sus

desgracias. Está en él y no fuera. Muy bien podrían la naturaleza y la sociedad hacer un ser feliz, pero él es quien se esquila á la propia felicidad. ¿Es capaz de resistir contra el feudo mismo de su yo, de disminuir la suma de sus vicios? Nadie tendrá la audacia de contestar categóricamente: «Sí.» Esta problemática modificación no podría ser, á lo sumo, sino la obra de los siglos por venir; reduzcamos la cuestión á los límites del presente, y repetamos que si el sufrimiento estendiéndose su luctuoso velo sobre la tierra, es porque el hombre es malo por naturaleza é irremediablemente; que, por tanto, el malvado inagotable de todos los dolores que torturan á la humanidad brota de las íntimas profundidades del propio individuo.»

Desde luego se observará que tal lenguaje se inspira en un concepto completamente distinto del que tienen los detractores de la naturaleza. Estos miran sobre todo á las miserias físicas é intelectuales, estimando, sin duda, que aquella las engendra todas.

Los que contra el hombre elevan requisitoria semejante, reconocen implícitamente, por el contrario, que no faltan á las sociedades modernas las riquezas y el saber; y que tampoco carecen de los elementos *externos* de la felicidad, pero que el ser humano se halla en la incapacidad absoluta de aprovecharlos, de repartirlos con equidad, de gozarse beatíficamente, de adaptarse á ellos sus elementos *internos*, y que, en fin, todo está bien por parte de la naturaleza y de la organización social, y que todo el mal procede del hombre, de sus imperfecciones, de sus defectos, de sus vicios y de las miserias morales inherentes á su constitución orgánica.

En una palabra, todas estas afirmaciones pueden resumirse en dos líneas:

«La humanidad es desgraciada porque el género humano está atacado de fatal é incurable perversidad.»

(Continuará.)



leve compromiso de correr algún peligro ó estropear la digestión.»

¡Bien, Demófilo, bien! ¡Magnífico!  
Por venir de ti, que tanto has elogiado á los hombres que hoy fastigas, en tanto que yo los combatía, tienen tus palabras autoridad inmensa. ¿Qué no habrán hecho, mejor dicho, qué no habrán dejado de hacer para que te arrojes en forma tan terrible sobre ellos y los destroces tan completamente?

Con tu artículo quedan reventados cuantos defendieron al Directorio de la fusión en la última asamblea, y los que, después de haber hablado de conciencia, honor y propósito decidido (pobres palabras, y cómo se abusa de ellas con fines pequeños!) para negarse á seguir formando parte del Directorio, se resignaron á tragarse aquellas palabras, y en el Directorio continuaron.

¡Cuánta incapacidad, cuánta farsa, y en algunos cuánta cuquería además! A veces me considero rebajado á mis propios ojos por combatir á enemigos tan indignos de mí!

Adelante por ese camino, amigo Lozano, y caiga el que caiga. Si no conseguimos nada, por lo menos quedaremos bien con nosotros mismos, y podremos decir con orgullo en medio de las grandes tristezas que devoramos: «No fuimos cómplices ni encubridores del gran crimen de desacreditar la idea republicana.»

## Nuevo manifiesto

¿Para qué? Todo lo que el Directorio de la fusión pueda decir en él, nos lo sabemos de memoria.

Puesto que todos los individuos que hoy componen el Directorio son diputados, en las Cortes han debido decir lo que estampen en ese papel. Y habría tenido más resonancia.

Los que anteriormente lo formaban, (incluso los señores Azcárate, Muro y Morayta, que declararon *compromiso de honor* el no continuar, y *continúan*, sacrificándose, claro es), sólo tenían una salida para quedar bien. Haber ido unos á Cataluña, otros á Valencia, otros á Despenaperros, etc., etc.

Los actuales, que han estado en las Cortes y no han hecho nada práctico, ni grande, ni levantado, que ni siquiera se han opuesto de veras á que el Banco inunde de papel á España, van á largar un papel de menos valor que tendrá antes de un año el del Banco.

Hacer que hacemos, perder el tiempo y seguir la huella del Directorio anterior; en suma, imitar á los gobiernos monárquicos en el sistema de «trampa adelante». De esto tratan.

¿Qué nos van á decir? ¿Que la monarquía es mala y que ha fracasado? ¡Valiente noticia! Hasta en el Congo la saben.

¿Que no hay más solución que la República? Esto hace ya reír, porque recuerda aquella receta culinaria: «Tomarás un poco...» Bien. Pero ¿dónde está el pavo?

¿Que es preciso que todos nos unamos en una aspiración común? Ya lo creo que es preciso; pero comiencen ellos por dar el ejemplo. Por no estar conformes en nada, todos, pero especialmente Azcárate y Muro, se epusieron á que se discutiese la proposición pidiendo la expulsión de frailes y jesuitas. Unos en nombre del derecho (¡qué gansada!) y otros en nombre del catolicismo (¡qué fervor religioso ó qué hipocresía!)

Y gentes que piensan y obran así ¿cómo se atreven á lanzar en estos instantes verdaderamente revolucionarios un Manifiesto de agnación al pueblo español, cuando el pueblo ha indicado bien claramente lo que piensa y quiere?

¿Cómo van á dictar ó aconsejar reglas de conducta los que no han sabido ajustar la suya en el Congreso á lo que las circunstancias demandaban?

¿Cómo á pedir sacrificios los que, por no soportar el calor de Madrid, no se han opuesto por todos los medios á la suspensión de sesiones?

Si no está repartido aún, desistan de repartir ese Manifiesto; que bastantes papeles mojados tenemos ya en nuestros archivos.

Y si quieren ir de verdad á alguna parte, y que los creamos, con sólo estas líneas quedarán mejor:

«Iremos á donde hasta hoy no fuimos, y haremos lo contrario de lo que hasta aquí.»

Con esto bastará, sí. Por supuesto, no quedando en dicho.

El que tenga ojos, que vea

Ningún español que se precie de algo, avisado, dudará al presenciar el desfile de nuestros salvadores huyendo de la irrespirable atmósfera de las Cámaras en el momento crítico y solemne que el país esperaba impaciente la solución de problemas trascendentales, de que esos políticos agradablemente entretenidos, cuando hace frío, en las luchas de la palabra, de la habili-

dad y de la inteligencia, ocultan bajo el aparente interés de auxiliar al elemento productor, el execrable egoísmo de conservar el poder ó de alcanzarlo á cualquier precio.

Ya nadie que lea la prensa sensata, dudará tampoco de que la mayoría de los periódicos encargados de la alta y civilizada misión de ilustrar al pueblo que padece y paga, desgastan la acerada pluma y consumen la tinta con que emborronan cuartillas y más cuartillas, en defender la gestión del personaje elegido ó la banderita política que los sostiene, y también en la nobilísima tarea de disfrazar la verdad con el mismo ropaje que visten sus defendidos á la par que defensores.

Unos y otros, juramentados por lo visto, logran dar cima á su obra redentora, mientras la patria, sin tener á quien volver sus vidriosos ojos, los cierra y espera con santa resignación la hora de la muerte.

La finísima malla que tejen nuestros políticos en la sombra, con el inepto propósito de envolver en ella traidoramente la voluntad sagrada del pueblo que pretende defenderse, aún más invisible que la tela que elabora la araña ponzoñosa para engañar al inocente insecto, se agranda y se hace tan compacta y resistente por momentos, que va siendo impotente el músculo nacional para destruirla.

El calor insoportable de la coronada villa y el buen tono, exigen á los personajes que hace dos días luchaban con hipocrita heroicidad por la causa del contribuyente, á sumergir sus elevadas personalidades en las azules ondas del Atlántico ó del Cantábrico y á dejar en ellas la carroña material adherida á sus cuerpos, ya que no la moral, por ser insuficiente hasta el mismo Océano para limpiarla. ¡No importa abandonar los intereses sagrados de la patria! La temperatura de 35 grados centígrados, tolerable para el que gana el sustento con el sudor de su frente, no puede tolerarla los magnates encargados de velar y defender el bienestar y el decoro de la nación.

Bañense en buena hora los políticos en esas azules ondas del Atlántico ó del Cantábrico, mientras el agricultor y el obrero sufren, sin brisas que lo alivien, el calor del sol y el del horno incandescente del taller, pero cuiden antes de enjugar sus cuerpos con la aterciopelada sábana, de examinarse detenidamente la fresca epidermis, no sea que la casualidad, á veces sarcástica y horrible, les envíe en una ola providencial y como regalo de fiesta, alguna gota de sangre española coagulada, vertida en Cavite ó en Santiago de Cuba.

Creyéndonse insensiblemente sumergidos en la aromática agua de rosas en que á diario se bañan, á la vez que contemplan embebecidos á través de las cristalinas aguas el arenoso fondo de la playa tapizada de algas y de conchas, cuiden de dirigir á menudo la mirada hacia el horizonte en donde las dos inmensidades, la del espacio y la del mar, se confunden en fraternal abrazo, y percibirán confusamente entre la bruma vaporosa que se eleva como tenue gasa sobre las aguas, menos densa que la que empaña sus conciencias, una formidable y feroz bandada de carnívoros buitres que, al olor de la carne fresca con que les brinda á opíparo banquete la moribunda España, aguardan, revoloteando á su alrededor como inofensivos pajarillos, la hora suprema para arrancarle la piltraña suculeta que cada uno ansía devorar...

Ningún español que le ame apasionadamente y llore con lágrimas de profundo dolor la muerte, cada día más próxima, de esta desdichada patria, ignora (¿para qué ocultarlo?) que las grandes potencias se preparan á intervenir al menor pretexto en nuestros asuntos interiores, y que el espíritu del pueblo, penetrado de la horfandad tristísima que le rodea, busca ciego y con la irreflexión disculpable del desesperado, otra madre más cariñosa que le proporcione lo que la propia le niega: tranquilidad, justicia, honor y pan.

A nadie se le oculta que las frecuentes visitas á nuestras costas de las poderosas flotas extranjeras es indicio, ó más bien dicho, patente realidad, de que la total ruina de la pobre España es un hecho consumado, y que su desaparición del concierto de las demás naciones no se hará esperar mucho tiempo.

Sólo nuestros políticos, perseverando en sus egoísmos encubiertos con la careta de una moralidad suicida y repugnante, aparentan ignorar lo que se trama de puertas á fuera, y ayudan á bien morir á la patria, procurando que no le quede ni un solo palmo de tierra propia en que enterrarse.

¿A qué decir más? ¡El que tenga ojos, que vea!

¡El que tenga corazón y vergüenza, que llore!

José MOSQUERA CARTÓN  
Vigo 22 Julio 1899.

El Spínola de Sevilla ha disparado una pastoral en beneficio de don Carlos.

Si esto decide á los sevillanos á hacerle una cariñosa punzante-cortante y contundente visita el día que los correccionarios de ese obispo se echen á las matas, bendita sea la hora en que se le ha ocurrido escribir la pedestre circular.

Porque ahora, ó no hay un liberal con vergüenza, ó en el momento que los carcas se alcen en los campos por los alienados que ese y otros obispos les dan, deben caer por tierra en las ciudades todos los que les ayudan. Zaragoza nos acaba de dar el ejemplo de lo que debemos hacer.

## Crónica rural

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío y distinguido amigo: He observado que el señor Frasquito, paleta de Valcualquier, no se ocupa ya de mi persona, que antes le traía tan inquieto. Si esto es una vergonzosa retirada á consecuencia de las justificadas palizas que le he dado, bien se está así, y no abusaré del vencido; pero si el olvido de mi persona es un decidido desprecio, no he de consentirlo, y menos viniendo de una gente que no merece el menor respeto.

Hay en Madrid una escritora insigne, honra de su apellido y de su sexo, que está apasionada por Valcualquier, á cuyo pueblo ha dedicado en muchas ocasiones su talento, su influencia y su dinero. Un tal Juanito, autor de unos medianos versos, pidió su protección á la señora, y ésta arregló los versos del poetilla, les añadió un prólogo, y con todo ello se hizo un folleto del que dijeron los críticos que era un prólogo sin libro. Incomodóse el poetilla, llenóse de envidia contra la escritora, é hizo cuanto pudo para escarnecer la reputación de la dama. Por azar ó por cálculo, fué el Juanito destinado á Valcualquier, y aquellos paletos, aunque estaban enterados de lo ocurrido, festejaron al bribonzuelo, y aun se compaño obligados para todas las juergas, y poeta necesario en bodas y bautizos. Por eso les dijo un ministro de Fomento á quien le pidieron una carretera: «Ustedes tienen suficiente con un ramal.»

Pues ahora se han metido en un llo muy gordo. Los labradores, que no pueden ver á los señores, han fundado otro casino; conque los señores se han apretado más contra los labradores, y cualquier día andarán á tiros. Lo admirable de esos palurdos es que les tienen horror á los señores, como llaman á los que gozan de alguna cultura y de alguna pulcritud, y, sin embargo, quieren que sus hijos sean abogados, y suspiran porque sus hijas se casen con los escribientes ó con los maestros de escuela.

Otro problema de Valcualquier es la agitación socialista, que tiene muchísimo salero. Un forastero, antiguo representante de los señores Ayala, de Ciudad Real, y peritísimo en asuntos de molinera, estableció en Valcualquier una fábrica de harinas, contratando con el señor Curro que éste habría de darle todo el trigo necesario á un precio que se fijaría anualmente en la época de la recolección. Pues el señor Curro buscó un carpintero holgazán y borrachín, y le dió dinero para que fundase en Valcualquier un comité socialista. Y cuando el señor Curro no tiene trigo ó le cuesta caro, hace que se declaren en huelga los operarios de la fábrica, y entonces reclama al fabricante porque no le consume trigo; el fabricante, temeroso de un litigio y de una indemnización, se aviene á pagar más caro el trigo; el carpintero suprime el socorro á los huelguistas y la fábrica sigue marchando. Cuando Curro tiene trigo barato no hay huelga posible, aunque los obreros cobren poco y trabajen mucho, porque el carpintero dice que no hay fondos de resistencia ni órdenes del comité de París.

Todo eso es Valcualquier: miserable podredumbre.

Y sin molestarle más por hoy, se repite suyo afcsm. amigo s. s. q. b. s. m.

Don FRANCISCO  
Valcualquier, Julio, 20, 99.

El autor de estas CRÓNICAS RURALES hace aquí sobria manifestación de su duelo por la muerte de don Juan Vallejo, que fué gratuitamente anticlerical, republicano y democrata, en este país donde esas cualidades sólo sirven para lograr por apostasía el poder y para justificar después el despotismo.

Hay actualmente en España 686 generales. Dado un contingente de 100.000 soldados, mandaría cada general 146.

Hay 23.411 jefes y oficiales; dado el mismo contingente, mandaría cada uno cuatro soldados.

Y dicho esto, riámonos cuando se nos hable de reorganización del ejército y de regeneración del país.

## DIALOGO

Y me dijo un amigo:  
—Confíese usted que odia á Salmerón.  
Y le contesté:  
—No lo confieso, porque no es verdad.  
—Entonces ¿por qué le ataca usted más que á otros?

—Porque, valiendo más que todos, debe haber más que ninguno.  
—Voy á demostrarle á usted que no es tan imparcial como presume. Si Salmerón hubiese pronunciado el discurso casi ministerial que pronunció Muro en el Congreso, ¿lo habría usted pasado por alto?

—No.  
—Está usted cojido.  
—Se equivoca usted. Ese discurso, pronunciado por Salmerón, habría influido mucho en la opinión republicana; pronunciado por Muro, apenas si nadie se ha enterado... Y esto le probará á usted que jamás juzgo por apasionamiento. Si desafina uno del coro, no por esto la ópera se viene abajo. ¿Pero si desafina el primer tenor!... En fin, amigo; aunque en la democracia seamos todos iguales en derechos, no cabe serlo en deberes; y el deber será siempre mayor en aquel que más valga. Por esto, lo que pudo pasar

casi inadvertido en Muro, no hubiera sido posible tolerárselo á Salmerón. Me parece que me explico.

—Presentando la cuestión de ese modo...

—¿Y cómo quiere usted que la presente? ¿O me supone tan imbécil, que no sepa darle á cada uno lo suyo? ¿O que yo creo que no hay clases?

## FRAILERÍAS

Personas respetables llegadas de Zafra nos dicen que con la última respetable hornada de frailes aliblanos (asi los llaman), instalados en aquella población, han coincidido grandes perturbaciones en la moralidad pública.

Entre los varios sucesos relacionados con los frailes del último desembarco, se comentan muchos los siguientes:

Una gaditana que llegó al propio tiempo que los hermanos y fué recomendada por los mismos á las señoras y señoritas piadosas, llegando por estas recomendaciones y sus zalamerías, no sólo á entrar y salir en gran número de casas pudientes, sino también á comer y dormir en algunas de ellas, ha desaparecido llevándose valores y objetos, robados unos y otros pedidos á préstamo.

La gaditana confesaba y comulgaba á diario con los frailes, sin impedirle su devoción zurcir voluntades y oficiar de Lais ó Celestina, según los casos, pues era mujer apta lo mismo para un barrido que para un fregado.

Que aproveche el alijo á la gaditana y sirva el desengaño de escarmiento á las devotas incautas.

No menos escándalo ha producido en aquel vecindario el conocimiento de que, puestos de acuerdo con un teniente de alcalde místico, introdujeron durante la noche ganado lanar y cabrio en la casa convento, con el loable fin de no pagar derechos de consumos.

Los miserables dependientes del resguardo, que no estaban avisados del gampierio, aprehendieron una noche cierta partida de ganado, poniendo de manifiesto el fraude, y aquí fué Troya.

El piadoso teniente alcalde, mirando por el honor de los hermanos, logró echar tierra al asunto como si no hubiera pasado nada. Todo se disipó, menos la impresión desagradable del vecindario al convencerse del matute y conocer á las matuteros.

(La República, de Mérida)

Dos arzobispos, el de Toledo y el de Sevilla andan á la greña, por defender las instituciones del primero, por ayudar á don Carlos el segundo.

¡Bien por los valientes! ¡Que no queden ni los rabos!

Aunque ahora que me acuerdo. Yo creo que debo excomulgarlos, por dar ese escándalo ante la cristiandad.

Allí voy, pues.

«Arzobispos Sancha y Spínola: Nos te excomulgamos.»

Y vamos á ver lo que hacen ahora.

Probablemente lo que yo hice cuando 47 de su clase me excomulgaron:

Soltar la carecajada.

## Y sigue el vapuleo

Caricias que á los diputados republicanos hace Demófilo:

«Leemos que un diputado republicano ha dicho en los pasillos del Congreso, que las proposiciones de sus compañeros Morayta y Blasco Ibáñez, relativas á la supresión de frailes y jesuitas, eran de mal gusto.»

Esa declaración está en carácter.

Hasta aquí los diputados republicanos del Congreso se han distinguido por su irreprochable buen gusto. Nada de denotar. La levita ajustada, y hasta el punto llo de la pierna que la llevan el resto de los diputados de la monarquía.

¿Hablar contra los jesuitas y contra los frailes? ¡Qué disparate! Era cosa de mal gusto. La oposición de S. M. no iba al Congreso á esas cosas.

Entretanto el jesuitismo iba minando poco á poco esta nación hasta dejarla sin cimientos, dando lugar á que una gran parte de ella, aquella más lejana, se haya visto caer en ruinas.

¡Pues ni aun después de esa ruina se inmoran los diputados de oposición de S. M. ¡Todavía les parece de mal gusto que se ataque á los principales tufantes de la española reacción que nos ha traído á este estado de miserias!»

Pues, señor; si dan en hablar así los que, como Fernando Lozano, se distinguen siempre por su admiración hacia nuestros prohombres, voy á tener que retirarme á la escala de reserva, porque lo hacen mucho mejor que yo.

Y ahora que viene á pelo, he de decir lo que pienso acerca de esas dos proposiciones que Demófilo cita. Fué mal elegido el momento para presentarlas, y así se lo manifesté á uno de los firmantes. Pero una vez hecho, debieron ser apoyadas.

No lo hicieron sus autores; ellos sabrán por qué. Yo únicamente sé que ha disgustado á muchos republicanos su conducta, y que cada cual la atribuye á causa diversa y ninguna favorable para los firmantes de las proposiciones, sobre todo para Morayta, más obligado que ninguno, por anticlerical, por masón, y por los incidentes á que dió lugar su entrada en el Congreso.

Diez mil pesetas ha votado la diputación provincial de Vizcaya para ayudar á la construcción de un nuevo convento en Bilbao.

Pero ¡qué mala intención la de encerrarnoslos para que no nos molesten mucho en buscarlos! Hay diputaciones provinciales terribles.

## La intervención extranjera

Y LAS ALTERNAS RELIGIOSAS

La intervención extranjera es el arma que exige en estos momentos con mejor éxito la reacción.

ción: es la amenaza con que pretende espantar á las almas apocadas, á los espíritus cobardes.

«No perturbéis el orden, dice la reacción, porque si lo perturbáis, vendrán á restablecerlo las potencias extranjeras que se repartirán después á España. No, no ataquéis nuestros conventos, no toquéis á nuestra propiedad, añaden las órdenes religiosas, porque la hemos puesto bajo la salvaguardia del extranjero, aquí de un inglés, allí de un alemán, y el gobierno inglés y el gobierno alemán interpondrán sus tocáis á ella.»

Obsérvese en primer lugar que los que amenazan con la intervención deslizan á la vez la idea de haberla preparado, acogiéndose al pabellón extranjero para que los proteja. ¿Por qué la temen entonces? ¡Ah! porque son ante todo buenos españoles, porque son patriotas. Pues si son tan patriotas y tan buenos españoles ¿por qué van á buscar protección fuera de España?

Decididamente la lógica de la reacción tiene poca solidez. No resiste al más sencillo raciocinio. Pero, en fin; ya que á título de espantajo no puede servir esa amenaza de la intervención extranjera más que para asustar á los tontos, veamos si nos pone en camino de averiguar algo que á todos nos conviene saber, algo en que á todos nos importa mucho fijarnos.

Por de pronto, en el segundo término de la amenaza hay una confesión. La de que las órdenes religiosas, yendo la de San Ignacio á la cabeza, son dueñas de riquezas importantes—que importantes deben ser cuando se ponen bajo la salvaguardia de naciones extranjeras—riquezas que radican en España, ó de las cuales, tratándose de valores públicos, es responsable el Estado español. En verdad que esta no es ninguna noticia. Lo sabe todo el mundo; la voz pública lo proclama.

Pero lo que todo el mundo parece haber olvidado, es que las órdenes religiosas habían sido expulsadas de España, donde nada poseían al amparo de las leyes, hasta que la Restauración les abrió las puertas y hasta que un ministerio presidido, sino estoy equivocado, por el Sr. Sagasta, legalizó su situación hacia el año 81 ó 82.

Nada poseían entonces en la Península; hasta los antiguos conventos que aún permanecían en pie, habían pasado á ser propiedad del Estado ó de particulares que los adquirieron.

Véase los que poseen ahora y los millones que representa esa fortuna adquirida aquí en menos de veinte años por hombres que no trabajan, y que por lo tanto han retirado de la circulación esa inmensa riqueza, sin provecho ni beneficio para la nación. ¡Y aún pretenden decir que esa riqueza sacada del país y que en el país radica está puesta á nombre de súbditos extranjeros! ¡Que eso no pertenece á España, que nos lo puede reclamar como suyo cualquier sociedad comercial inglesa ó alemana ó cualquier banquero francés, suizo ó austriaco!

¿Y habrá todavía propietarios desdichados á quienes se embargue un pedazo de tierra porque no pueden pagar la contribución?

El gran argumento que hoy se aduce contra los judíos, el gran crimen de que se les acusa, es el de apropiarse por medio de los negocios una gran parte de la fortuna pública de los países en que viven. Que vengan, que vengán aquí á tomar lecciones de los jesuitas, de las órdenes religiosas. ¿Cuándo ni en dónde harán los descendientes de Israel en veinte años, lo que han hecho aquí en ese plazo nuestros frailes de todos colores?

Oid. Hemos perdido las Antillas porque, sin ser dueños ni ser propietarios de su suelo, unos cuantos españoles querían extraer al jugo de su tierra. Hemos perdido el archipiélago filipino porque las órdenes religiosas y unos pocos que á su sombra vivían lo explotaban en provecho propio, no en beneficio de la nación.

¿Con qué razón pediréis mañana que el pueblo español defendiera el suelo de la Península si se consiente que las comunidades religiosas ó las grandes empresas, que viven amparándose mutuamente, se apoderen de él? ¿No es ese el camino derecho que conduce á la intervención extranjera?

Meditadlo bien.

FABIÁN ORTIZ DE PINEDO

Los carlistas han desembarcado veinte mil fusiles comprados en Londres con sus municiones correspondientes.

Serán los que han tomado á crédito con garantía de las Carolinas y las Baleares, que entregarán á Inglaterra el día que triunfaren.

Porque público es ya que estos patriotas á lo San Carlos de la Rápita, no tienen reparo en entregar las pocas islas que nos quedan á cambio de fusiles para fusilar á los jóvenes que han escapado de las guerras de Cuba y Filipinas.

## Las gentes religiosas

Describiendo Gil Blas de Santallana sendónimo de un literato distinguidísimo las patriarcales costumbres de las religiosas provincias Vascongadas, dice:

«Viva el Corazón de Jesús! ¡Viva San Ignacio de Loyola! He aquí el grito que por todas partes resuena hoy en las vascongadas regiones.»

Ante ese entusiasmo religioso, quién se incomoda porque le digan, siendo mentira, que no hay sitio en el coche correo, que en invierno cuesta una peseta y en verano cuatro, obligándole á alquilar una sesta, por la que le sacan cinco ó seis duros? ¿Quién lleva á mal que le alojen en una sala readeada de cristales por todas partes y sin un cerrojo en las puertas, sala donde se han colocado cuatro camas y una jofaina del tamaño de una taza de café, y le cobren de ocho á quince pesetas diarias por el tal pupitaje? ¿A quien puede escandalizar que aquellos pobrecillos caseros llenos de escapularios y con placa del Corazón de Jesús en la puerta, al madrileño que pellen por un momento lo despluman, no de mala manera, no señor, allí no hay latrones, sino cobardes un duro por un par de huevos y una peseta por un vaso de leche? ¿Dónde se podrá nunca criticar que aquellos comerciantes, entre los que apenas se encontrará uno que no haga ejercicios en Loyola, confiese cada mes y haga comunión reparadora, vendan en este tiempo zapatos con suela de bien disimulado cartón, pescados veteranos en el mercado, dulces á los que nadie ha tocado durante todo el invierno, vinos sin más composición que cristalina linfa y toda clase de objetos tan mágicamente confeccionados, que apenas causada de alegría de la novedad, se deslicen cual nube vaporosa en alas del ciclón?

Bien pintado está el cuadro, aunque el asunto es viejo. Ya nuestros antepasados decían: «En puerta del rezador no pongas tu trigo al sol.»



## LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

La opinión liberal se sobresaltaba más cada día con los atropellos y los crímenes del absolutismo; en Valencia especialmente la situación había llegado a ser intolerable. Mandaba allí el general Elío, quien prescindiendo de toda forma legal, condenaba al patíbulo, inventando conspiraciones, a muchos individuos, casi todos inocentes. Por leves sospechas de liberalismo enviaba a sus esbirros a los pueblos y caseríos, donde el sospechado era arrebucado a la puerta misma de su casa, propalando después que lo habían matado por ladrón. Llamaba a su palacio a los liberales más distinguidos y los insultaba y abofeteaba (uno de ellos, don Moratín), torturaba a los presos para arrancarle por el dolor declaraciones que le servían para condenarlos y condenar a otros. La Audiencia de aquella ciudad, indignada, representó el rey contra la conducta de Elío, recibiendo la respuesta de que, en vez de entorpecerlos, auxiliase los procedimientos de Elío, que estaba investido de las facultades más amplias. Elío acabó por crear una comisión mixta compuesta de Modet, regente de Audiencia, y de varios inquisidores, para juzgar a los liberales que encerraba en las cárceles del Santo Oficio.

Estos crímenes prepararon una conspiración en Enero de 1817, que llevó gran número de víctimas al patíbulo, pero que aumentó el valor y coraje de los liberales, en vez de amortiguarlos. Fraguaron un complot, que debía estallar en el teatro el día 1.º de Enero de 1818, para apoderarse de Elío. Un tal Padilla, cabo del regimiento de la Reina, descubrió a Elío el complot, y cuando estaban los conjurados reunidos en la casa llamada del Porche, junto a la plaza de Carlet, llegó Elío acompañado del delator y de un piquete de milicianos. Al verse sorprendido el coronel Vidal que, con don Diego Calatrava, era el alma de la conspiración, desandó el sable y descargó tan terrible cuchillada sobre Elío, que allí le dejó sin vida sino contra el marco de la puerta. Elío atravesó a Vidal de una estocada por la espalda.

Don Diego María Calatrava, el capitán don Luis Avión, los señores Marcelino Rangil y Serafín la Rosa, y Pelegrín Pla, Vicente Clemente, Manuel Verdeguer, Francisco Segreña, Blas Ferriol, Francisco Gay, y, por supuesto, Vidal, cayeron en poder de Elío. Algunos lograron fugarse; don Juan María Solá se quitó la vida por no dar en manos de sus verdugos, y don Félix Beltrán de Lis, acogido a la generosidad de los vecinos de una casa, fue por estos cobardemente maniatado y entregado a Elío. Todos fueron encerrados en la ciudadela, menos Vidal, que pasó al hospital. Apenas recibió el sentido, recordó que en su uniforme guardaba un papel importante; rogó a la hermana de la Caridad que le cuidaba que se lo entregase, pero encendida en cristiano celo, la enfermera ofreció reducirlo a cenizas, y corrió a ponerlo en manos de un inquisidor, pasando por conducto del arzobispo a las de Elío.

En la causa que se formó no se observaron los trámites legales; tan seguro estaba Elío de cómo habían de fallar los jueces, que antes de dictarse sentencia mandó confeccionar trece tunicas negras, por ser trece los reos. Y con efecto, doce murieron fusilados, y sus cadáveres, vestidos con las tunicas, colgados cada uno de una horca. Colgado fue también Vidal, mas no fusilado, pues arrastrado al patíbulo por estar mal herido, murió al pie de la horca mientras el verdugo forcejeaba por vestirle la denigrante túnica.

Sereno y tranquilo el joven don Félix Beltrán, al oír al verdugo nombrarle Félix Beltrán a secas, gritó con voz firme: «de Lis.» El valor demostrado por aquel joven, casi un niño, en sus últimos instantes, admiró a sus mismos compañeros de infortunio. Mientras hacían los preparativos para la ejecución pidió a su abogado un cigarro. Cuando oyó la voz de: «Preparense, ¡dada a los soldados que le iban a fusilar, volviéndose hacia ellos y gritó con energía:—¡Muchocho, a la cabeza!» La tarde de la ejecución, el verdugo Elío, vestido de gala y acompañado de sus oficiales de estado mayor, algunos de ellos iniciados en la conjuración, pasó en su más rica carroza por delante de los ajusticiados.

Al día siguiente llamó al franciscano Pérez, que había confesado a Vidal, y por que se negó a decirle lo que le había revelado, lo desterró de Valencia.

Y aquí intercalaré, como paréntesis, que la persecución que sufrió la familia de Beltrán de Lis fue horrible; el padre estuvo preso durante largos meses, una anciana tía escapó de la horca por haber emigrado de Valencia, y otros parientes sufrieron pérdidas de bienes, castigos, etc.

Si canalla era Fernando con los liberales, no lo era menos con sus partidarios. Con él nadie estaba seguro, ni aun los que le eran más adictos. Y de qué manera hipócrita y solapada despedía a sus servidores! Verdad es que ellos lo merecían por aduladores y serviles. Varios ejemplos:

El ministro Echevarri acude el 8 de Enero de 1815 como de costumbre a la Real Cámara; el rey lo recibe cariñosamente, fuman juntos algunos cigarros, se retira a su casa cerca de media noche, y apenas llega, entra un secretario de Fernando a decirle que salga aquella misma madrugada desterrado a Babilonia.

Al ministro Ballesteros le ocurrió al poco tiempo una cosa parecida. Despachando con el rey, éste hizo singulares elogios de su gestión ministerial. A los pocos momentos era destituido.

Deja su cartera el ministro don Felipe González Vallejo, y aparece el 26 de Enero de 1816 en la Gaceta una real orden mandando que cesara en su cargo de director de las reales fábricas de Guadalupe y Brihuega, y que pasase a la plaza de Ceuta, confinado por diez años.

A los pocos días cae de su gracia el más infame de los de su camarilla, el clérigo Ostolaza, si bien el rey, para que no se recogieran los liberales, le nombra director de la Casa de Niñas Huérfanas de Murcia. En ella sedujo varias educandas, y habiéndose hecho público el caso, el obispo de Cartagena le formó causa, siendo encerrado en la Cartuja de Sevilla.

Algunos días antes salió de Palacio el siniestro canónigo Escocquiz, que tanto había perseguido a los liberales y contribuido a la ruina del sistema constitucional.

Concede a don Pedro Ceballos la gracia de añadir a los blasones de su escudo el lema *Pontífice de Rege o de defensor*, diciéndole, entre otras frases laudatorias, que le otorgaba aquella recompensa con atención a la gloria universal de que le hicieron dignos los dos manifestos en diferentes épocas publicados con tal oportunidad, que recorrieron a la faz de la Europa las perniciosas máximas del tirano Napoleón. Esto es lo que el 15 de Octubre de 1816. Pues bien, el 30 de aquel propio mes lo mandó desterrado a la ciudad de Santander.

Por chismes de la camarilla de apóstólicos desterró en 14 de Septiembre de 1818 a los ministros

Garay, Pizarro y Figueroa, quienes salieron escoltados por fuertes piquetes de caballería, siendo comprendida también en la orden de destierro la esposa de Pizarro, embarazada y enferma.

Regala el 19 de Junio de 1819 un magnífico castillo de cerezas y colma de agasajos y frases cariñosas al marqués de Campo Sagrado, y a las dos horas lo destituye del cargo de Capitán general de Madrid.

A espaldas de los ministros funcionaba un doble consejo, ó sea esa camarilla, compuesta de lo más fanático, cruel, abyecto é inmoral que el rey encontró: El nuncio Gravina, el canónigo Escocquiz, el clérigo Ostolaza, el duque del Infantado, el alcaide de Alagón, Chamorro, el ex-aguador y bufón rufianesco y algunos otros perversos de costumbres depravadas.

Esta gavilla de sinvergüenzas y malvados excitaba de continuo, ya la rapacidad del rey, ya su lujuria, ya sus instintos sanguinarios.

(Continuará.)

## Sinceridad plausible

Bajo el título *Sucesos desgraciados*, publica *El Liberal* del día 23 un telegrama de Soria. En él se relata el robo hecho a un carretero, la muerte de un niño que se cayó de un árbol, la herida hecha al cartero de Torralba, y lo siguiente: «Encuéntrese en esta capital el obispo de Osma, con objeto de girar una visita pastoral y administrar el sacramento de la confirmación.»

Doy mi enhorabuena al firmante del telegrama, señor Vives, por el buen juicio que revela al calificar la última noticia de *suceso desgraciado*, enhorabuena que hago extensiva a *El Liberal*, deseando que siga por tan buen camino para responder cumplidamente a su título.

«Cuando digo que todos acabaremos por entendernos, por estar todos ya en el secreto!»

## Folleto importante

No, no está mal el folleto *Los jesuitas de Zaragoza*, firmado por A. de Fusch, que ha sido loyola.

En él asegura que los jesuitas impidieron que el pueblo asistiera al entierro de Ruiz Zorrilla en Burgos, yendo ellos, para engañar a los liberales.

Que fueron cómplices en el crimen de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, en el asesinato de Cánovas y en la ruptura de España con los yanquis.

Que suscitan motines populares, y que él mismo, Fusch, recibió orden en Azepeitia de mezclarse entre la multitud amotinada y gritar: ¡muera Nocedal! ¡muera los traidores y los jesuitas! Para esto se disfrazan y van al tumulto con los devotos de más confianza.

Afirma que los vicios más repugnantes de los Flaminios, Melías y Doroteos, son cosa corriente en la Compañía de Jesús. «Recuerdo, dice, que obligado por la moral a delatar a un superior que mantenía relaciones secretas y nada honestas con otro individuo, obtuve la siguiente respuesta: «El delincuente es usted: ese hermano sabe ejecutar mejor que quien le acusa lo que le ordenan sus superiores.»

Describe una escena en que cierto jesuita empezó a llenarlo de halagos, y «Di un paso atrás y dije: «¡Miserable! ¿Cuáles son tus intenciones?... Por todas partes sentí vergonzosos flaminios que roban el pudor a la juventud y la sencillez a la infancia...»

Pintando el estado de abyección a que tenían reducido, hechos dueños de su apocado espíritu, al marqués de Comillas, dice: «Puedo comprobar con testigos presenciales que si el confesor del marqués le recomendaba una empresa, la más leve señal de disgusto de parte del penitente bastaba para que el confesor diera en la osadía de imponerle penitencias tales como *hacerle comer de rodillas; no dejarle salir de casa; comer él en la mesa mientras el marqués comía de rodillas; tenerle incomunicado sin dejarle descansar en su cama...* y sin perjuicio de eso, hacer (el confesor) en su palacio cuanto se le antojaba...»

No pasa día sin que yo dé gracias a la Providencia por haber dispuesto que Silvela y Polavieja sustituyeran a Sagasta.

Con éste, los jesuitas y la trilería marchaban bien, a pretexto de que había libertad (lo cual no era cierto), las gentes no se preocupaban mucho de aquellos y hacían su agosto a la sordina.

Pero cae Sagasta, y ante la fama reaccionaria que traían algunos miembros del gobierno actual, la opinión se alarma, el temor cunde, la campaña arrece, y... Ya hemos visto lo que el pueblo ha intentado en solo un momento de civilizadora expansión.

Y la prensa no asalariada ó comprometida con el clericalismo, se preocupa de él más que hasta aquí; y publica escritos de gran efecto y resonancia, que forman apéndice con opúsculos como ese del exjesuita Fusch; y, en fin, que estamos ya todos en punto de caramelo (menos los diputados republicanos, dicho sea con toda la falta de respeto debida a su alta investidura) y desandando la legada del venturoso instante en que podamos exclamar: «ya murió aquel por quien doblaban.»

Pronto se convencerán frailes y jesuitas, si no lo estuviesen ya, de que han sido unos torpes al trabajar para que sustituyese Silvela a Sagasta.

Un teniente vicario y once capellanes castrenses se preparan en estos momentos a usar el derecho que sus reglamentos les conceden para residenciar a Cardona, obispo de Sión.

«Por qué? Por empeñarse en que dé onetas de los 40.000 duros del Acervo, que sin facultades y contraviniendo lo dispuesto sobre ese cúmulo de dinero, ha gastado

en un objeto distinto de su fundación, que es exclusivamente el alivio de los capellanes castrenses.

Malos se ponen los tiempos para los obispos. Cuando sus mismos súbditos no descubren sus gatuperios, se destruyen entre sí.

La mitra está que arde y yo encantado.

## Otra leyenda

Los partidarios del actual régimen que se encuentran ya sin apoyo de ninguna clase, se agarrarán a cualquier cosa en que vean un pretexto para presentarse como salvadores de España.

Lo mismo que antes se apoyaron en los carlistas para abrogarse el papel de guardianes de las libertades públicas, ahora se asirán a los separatistas catalanes para pretender erigirse en mantenedores de la unidad nacional.

Hoy en el separatismo, como ayer en el carlismo, hallarán motivo y excusa para extremar los procedimientos reaccionarios de gobierno y las medidas coercitivas que ahoguen toda manifestación contraria al régimen imperante y toda tendencia que vaya hacia las soluciones radicales que a toda España interesan actualmente para su salvación.

Al hablar nosotros del separatismo catalán en que sólo creen media docena de ideólogos y un centenar de exaltados de Barcelona, no echaremos mano a los viejos clichés del trasnochado patriotismo para tildar de miserables y de traidores a aquellos que han expresado sus ideas, más ó menos lógicas, en determinado sentido en las recientes fiestas con que el pueblo barcelonés ha agasajado a los marinos franceses.

El hecho ha tenido cierta resonancia; quizá mucha más de lo que realmente merecía—y pudieran muy bien esas redivivas tendencias separatistas servir de pábulo para que los gobiernos de la restauración monárquica adquirieran nuevas armas para combatir las justas y sanas ideas de libertad y progreso, como antes las tuvieron con pretexto del carlismo.

Cuatro aristócratas reaccionarios, unos cuantos obispos, un centenar de clérigos y cierto número de imbéciles y sabandijas de sacristía repartidos por toda España, bastaron a los partidos políticos de la actual dinastía para tener constantemente levantada la amenaza del carlismo sobre el país; y esa media docena de ideólogos y ese centenar de exaltados de Barcelona pueden perfectamente ahora servirles de pretexto para asustar a las gentes con el fantasma terrorífico del separatismo.

No debe permitir España que se resuciten muertas leyendas. Muerta y enterrada recientemente la del carlismo, déjese en reposo la del separatismo catalán que murió hace muchos años. Una y otra, como la del Cid, deben pasar al Romancero y archivarse en las bibliotecas.

Cataluña, Valencia, Andalucía y todas las demás regiones de España tienen medios sobrados, dentro de la unidad nacional, para solucionar el problema político y económico, con sólo aunar su acción y encaminarla hacia la República.

José CINTORA

## El sensímetro

(LITERATURA POLACA)

Un brahmin anciano regresaba una tarde a su casa, y como sabía deducir enseñanzas de todas las manifestaciones de la vida, pensaba en el murmullo de las hojas, en el movimiento de los insectos y en el vuelo de los pájaros.

Entraba en la ciudad a la hora del crepúsculo, y como vivía en pobre choza un niño y una niña, se detuvo para enseñar sin que notasen su presencia. La pequeña, con una voz preñada de lágrimas, se quejaba de tener hambre; el muchacho, un poco más crecido, la consolaba diciéndole que la madre iba a volver pronto; a poco llegó, pálida y vacilante, sacó dos panes y entregó uno a cada niño.

Devoró la niña el suyo con avidez; partió el pequeño el que le correspondió en dos pedazos, escondiendo uno é intentando repartir el otro con su madre. No aceptó ésta y el muchacho comió el trozo de pan.

Excitada la curiosidad del brahmin, resolvió volver al otro día para preguntar al niño por qué tenía menos hambre que su hermana.

A la misma hora se colocó el brahmin en su escondite y presencié una escena parecida a la del día anterior. Lloraba la pequeña y el hermano la consolaba. No consiguiéndolo, sacó el trozo de pan escondido, y se lo dio a su hermana.

Esta se le devolvió diciendo:

—No, porque no tengo hambre.  
—Pues yo no lo quiero.  
—Ni yo tampoco.

Y el pan cayó al suelo sin que ninguno de los dos lo recogiese.

«Buen pensado—se dijo el sabio brahmin;—gracias a esa migaja de pan la pequeña no llorará hoy más.»

Y de camino para su casa reflexionó acerca de las virtudes y dedujo que éstas nacían de los sentimientos. Después se le ocurrió que con un instrumento podría medir los sentimientos lo mismo que se mide el calor con el termómetro.

Decidió entonces construir un sensímetro. Tomó unas lágrimas de huérano, que introdujo en un tubo de cristal muy fino, penetró en la choza, arrojó el tubo al corazón del generoso niño, y cuando las lágrimas entraron en ebullición marcó el grado 100. Después repitió la operación con una madrestra sensible y razonable, señalando en el tubo con un 0 el grado de sentimiento hacia sus hijastros.

Para encontrar el punto de solidificación de las lágrimas recibió inútilmente el brahmin toda la ciudad. Buscó viciosos incorregibles, criminales desalmados, malhechores empedernidos, y en vano les aplicó el sensímetro: las lágrimas no se helaban, y dedujo que no era posible congelarlas.

La noticia del logroso descubrimiento corrió por la ciudad, y a casa del brahmin acudieron pobres y ricos, tontos y discretos, deseosos de conocer la cantidad exacta de sus sentimientos; cuestión compleja y difícil de resolver sin el aparato de precisión.

Y ocurrió que un día llegó una santa mujer que pasaba toda su vida rezando en la iglesia. Su piedad era notoria y todos se hacían lenguas de su virtud. Acudió la mujer devota firmemente persuadida de que por haber consagrado su vida a Dios sus sentimientos habían llegado a un grado insuperable, y que por detestar y censurar duramente las faltas de sus semejantes era merecedora de las celestes recompensas. No necesitaba, ciertamente, la piadosa señora conocer el grado de sus sentimientos, pero quería edificar al pueblo con su alto ejemplo. Arrojó el instrumento a su pecho y—¡horror!—las lágrimas se helaron instantáneamente.

El brahmin bendijo a la piadosa, santa y virtuosa señora, y señaló con un trazo el punto de congelación de los sentimientos.

Justamente indignada la mujer impecable, de pie en el atrio de la iglesia excitó al pueblo contra las invenciones satánicas, contra las cosas nuevas. Su voz conmovió el piadoso corazón de las personas religiosas que, inflamadas por el fuego celeste, invadieron la casa del brahmin y rompieron el infernal instrumento.

Y desde entonces no hay medida para los sentimientos y virtudes de los humanos.

BROLIS

## LA NUNCIATURA

BREVE NOTICIA DE LO QUE ES, REPRESENTA Y HACE EN ESPAÑA

POR

El bachiller JUAN GIL

«Vaya un tio sabiendo de cosas de Nunciatura! Parece que ha sido Nuncio durante dos ó tres generaciones.

«Qué cosas descubre sobre lo que hacen los italianos, lo que dejan de hacer, el dinero que se llevan de España, las intrigas que se traen, lo perjudiciales que son y lo que embrollan las cosas de Iglesia!»

«Y gracia! Por arrobos la tiene el Gil. Pero gracia satírica fina, de esa que levanta ampollas en la piel de los Nuncios.

En el clero ha producido el folleto un efecto desastroso... para la Nunciatura, porque muy pocos de sus individuos saben todo lo que pasa en aquel *Gibraltar dentro de España*, como denomina el bachiller al caserón negro y sucio donde tantos millones nuestros desaparecen.

El folleto cuesta una peseta en la calle de Poncejos, 1, principal derecha, en esta administración y en las principales librerías; y ahorrará muchos miles de pesetas a España, si se lee con propósito de aprovechar sus enseñanzas.

## Enseñanza privada

IV

No puede concebirse la existencia de un pueblo que posea los bellos y nobles sentimientos de los humanos afectos, si está educado por clérigos. Espárcen mala semilla, y el fruto recogido, claro está que no puede ser bueno. Van a la práctica guiados por principios falsos, y los resultados tienen que ser funestos.

Los medios de que se valen para sacar dinero, y que sacan, gracias al idiotismo y embrutecimiento que a sus educandos comunican, son, entre varios: la misa y los rezos, la confesión y la comunión, la predicación y demás piadosos ejercicios; éstos pudieran llamarse medios indirectos; los directos son los casamientos, bautizos, enterramientos, etc., etc.

Mas no bastándoles todo eso, amén de lo que cobran del Estado, se apoderan de la enseñanza; y si mis lectores se toman la molestia, tan sólo por una vez, de acudir y presenciar en cualquier colegio de los suyos un acto religioso (único allí público), juzgarían por lo que en él vieren y por el panegirico del director, si estoy ó no en lo cierto al afirmar que ellos revelan en todos sus actos una ambición desmedida, una manifestación y erasísima ignorancia en todo, y, a mayor abundancia, gran falta de celo y prudencia para guiar a los niños confiados a su dirección por la senda del bien.

Hay más; podrían observar que en esas místicas ceremonias sólo reina el desorden, que los niños no están con devoción, y que, cuando a rezar se les obliga, lo hacen sin comprender lo que dicen y sólo por temor a los castigos que les imponen sin moderación y con crueldad.

Para la celebración de estos actos, ordenan a todos los profesores que recomienden, más aún, exijan ó obliguen de un modo indirecto a los alumnos, a contribuir con ciertos a la solemnidad de las fiestas, suscribiéndose con alguna cantidad para obsequiar al director y vicedirector en el día de sus respectivos santos. ¡Y desgraciado del niño que se mostrase reacio ó se negase a acceder á tan injusta recomendación!

Horas es ya, padres, que procureis el bien de vuestros hijos retirándolos del lado de esos falsarios que dan incompleta y peligrosa enseñanza, y que toman la religión como medio para conseguir sus detestables fines.

No esperéis que ellos graben el sentimiento religioso en los corazones de vuestros hijos; no se educa este sentimiento en esos colegios; la religión, como muy acertadamente ha dicho un gran orador, se bebe en el regazo de la madre, se infiltra en el alma entre las lágrimas y alegrías, entre los sinsabores y amarguras de la vida, en el sagrado retiro de la familia.

PASCUAL GIL

Barcelona 20 Julio 1893.

## Caridad católica

Vivia Josefa Sánchez en la calle Cañaveral, número 6, enferma, sin recursos... Y creyendo que en el hospital de Málaga encuentra amparo la desgracia, allá se fué.

A los tres días, y viendo que ni le prestaban auxilios ni médico alguno la visitaba a pesar de ir agravándose, intentó escapar como pudo de la sala del Carmen, agarrándose a las paredes para no caer. Una hermana de la caridad le dió el alta, encargán-

dole que no dijese que se había marchado por falta de asistencia y de médico.

La desgraciada enferma llegó como pudo a su casa, donde la recogió por lástima una vecina tan pobre como ella. ¡Y aquí entra lo bueno!

Era tan espantosa la miseria que sufrieron durante varios días aquellas dos infelices, que se hizo pública con detalles aterradoros, llegando a oídos del periódico *La Unión Mercantil*. Este hizo público el terrible drama, y entonces se presentó en la habitación donde agonizaban aquellos dos seres humanos uno del hospital con cuatro camilleros, queriendo llevarse a viva fuerza a la enferma. Desgraciadamente el Dios que vela por los pajarillos del campo había consentido que llegase a tal estado, que no fué posible moverla del camastro, a cuya cabecera no se había sentado ningún fraile ni ninguna hermana de la caridad de esos que velan a los enfermos... ricos.

Compadecido ante el cuadro aquel, alguien pretendió que aquella piltrafa redimida con la sangre de Cristo pagase a los camilleros el viaje, mas no pudo conseguirlo. La piltrafa sólo estaba en disposición de dar el alma a Dios, como se la dió a las pocas horas de la caritativa visita.

Y díz que antes de estas escenas, durante ellas y después de ellas, de los muchos conventos de monjas, frailes y hermanas de la caridad que hay en Málaga, salían emanaciones confortables... para el estómago de las benditas gentes que se dedican a alabar a Dios misericordioso que todo lo ve, todo lo oye, y que daría una gran prueba de su justicia aniquilando a todos los miserables que han intervenido directa ó indirectamente en este drama de miseria y abandono; ya que las autoridades de una ciudad culta, dedicadas a perseguir y encarcelar a los que denuncian hechos inmorales, no se preocupan de castigar con mano dura estos feroces é inconcebibles ultrajes inferidos al débil, al desvalido, al que muere de hambre.

«¿Que había de hacer el cura de Brenes al ver que, siendo domingo, sólo había en la Iglesia tres mujeres? Quitarse los trapitos de *miser*, y decir: «Yo no trabajo ante público tan escaso.»

Hizo bien (qué demonio! Siendo misa de pago, aunque no vaya nadie. ¿Pero gratis? ¿Cómo iba el hombre a trabajar de rositas, por si era ó no día de precepto!

El primer precepto de todo el que trabaja es: cobrar.

Y dejémoslos de músicas.

## Aberración funesta

Hay madres de familia tan amigas de los sotanas, y padres tan bonachones, que a pesar de los escandalosos hechos ocurridos en las Escuelas Pías, continúan mandando allá sus hijos para que los eduquen, porque dicen hemos exagerado lo sucedido, puesto que el padre Doroteo se limitó a enseñar a los niños algo que en algunos años aún, (y mejor nunca) no debieran saber.

Para esas buenas madres y para esos padres complacientes, no ha oer lo que se hizo en Lille, no tiene importancia alguna. Pues oigan, oigan lo que dice Monlan en su *Higiene del Matrimonio*.

«Ha habido desgraciados niños (acción abominable) que han sido corrompidos por aquellas mismas personas que debían ser los guardadores de su inocencia.

Entre las causas predisponentes y ocasionales de la precocidad del instinto genésico, y de las prácticas degradantes que lo acompañan, hay unas que pueden llamarse físicas y otras morales. Todos los agentes que directa ó indirectamente irritan ó estimulan los genitales, pueden convertirse en causas físicas, predisponentes ó ocasionales, de la masturbación.

Las consecuencias de este vicio son muchas, y a cual más desastrosas. La tisis, las aneurismas; las palpitaciones habituales; las contracciones espasmódicas; las convulsiones parciales ó generales; la epilepsia; el embolamiento de todos los sentidos; la pérdida de la memoria; la debilidad de las demás facultades intelectuales, que puede llegar hasta la idiotéz y el embrutecimiento, el marasmo y la muerte: he aquí los resultados del abuso sensual y prematuro de sí mismo. Si el masturbador llega por azar a la virilidad, no cuente con buena salud ni vida longeva; resignese a la más vergonzosa impotencia, y renuncie a la fecundidad, ó sepa que, cuando más, transmitirá su menguada complexión a una prole raquítica y desgraciada.»

Mediten sobre esto los padres de familia; desechen esa aberración funesta de que parecen poseídos, y pongan a sus hijos bajo la dirección de los beneméritos maestros que hay en Pamplona, en la firme seguridad de que han de ser mejor educados é instruidos que por esos funestos Escolapios.

(El Porvenir Navarro, Pamplona.)

## Reflexiones piadosas

Los frailes de la pasada época eran un poder catuico, aborrecido por sus muchos abusos; pero su existencia era normal. Los de hoy han venido contra viento y marea, a pesar de la opinión, y abusando mucho más que aquellos, han llevado también más lejos sus pretensiones, y hasta lo inconcebible sus ataques provocativos a todo cuanto constituye nuestra vida nacional.

Por ellos en provincias no se puede vivir. La mujer ya no es de su marido, ni de su padre, sino del fraile. No hay muchachas para una reunión por honesta que sea, porque el fraile no las deja asistir. Son todas hijas de María; no se hacen apenas bodas; las chicas algo pudientes se meten monjas y hasta las criadas las siguen por ese camino.

Se lee de ocultas la prensa más anodina, como si fuera libelo obsceno y subversivo. Los periódicos locales ya no saben qué decir por miedo al fraile, y así él lo domina todo, se lo lleva todo y en todas partes pone su mano brutal, secando hasta la hierbecilla, como el casco del caballo de Atila.

[Ay del empleado, del hombre de letras, del



maestro o del pobre menestral que lo contraría. El hambre será con él, morirá aislado y maldito en la miseria. La excomulgación ha resucitado. Llamar a liberal equivale a merecer la execración de todos y a perder las amistades con el que algo vale y ver cerradas ante sí todas las puertas.

En Madrid y en Barcelona, todavía se disfruta de algo de libertad; en las demás capitales de provincia y en las poblaciones en que hay un convento no se puede vivir. Es preciso verlo para creerlo. Sevilla, Cádiz, Jerez, Sanlúcar, Granada, han perdido su carácter alegre tradicional; están desconocidas. Valencia es un templo grande; Zaragoza un pantano. El Norte de España es un convento inmenso.

Amenazadas y de hecho muertas las libertades, amenazadas y en gran peligro los intereses, el fraile saca de continuo millones y más millones que no volverán; nos empobrecen, nos estrujan, nos pisotean; es el vampiro, la boa constrictor que va a triturarnos.

¿Es esto posible en nuestros días por mucho tiempo? Creerlo es injuriar a todo un pueblo, llamándole afeinado y cobarde.

Una agitación sorda cunde por todas partes. Las víctimas, que son muchas, empiezan a entenderse.

El amante que vivió a su amada irse al convento; el propietario despojado; los herederos en la calle, porque su parte se la llevó el fraile; el padre que se quedó sin hija, o, secuestrada, la pudo sacar a duras penas; el liberal empobrecido y deshonrado, el industrial y el maestro arruinados por la competencia fraileña, y el mismo clero que se ve sin crédito y sin pan, desierto su iglesia, se buscan en la sombra y se entienden. Los rencores se aunan y la atmósfera se carga. No era tan densa el año 34 y la tormenta estalló, como estallará pronto. Está en la conciencia de todos y de todos la creen lógica y merecida.

Al pensar en el disgusto que los frailes van a sufrir aquel día, me entran así como ganas de arrancarme por peteneras. ¡Si estaré dejado de la mano de Dios!

Llegó un escolapio a Luchmayor, y las gentes maliciosas supusieron que iba a visitar a los adultos que concurren a la escuela que los suyos regentan.

Pero buen chasco se llevaron, porque se metió en la casa de la madre de uno de sus discípulos a las 9 de la mañana y no salió de ella hasta las 3 de la madrugada.

Irritados por el chasco, las gentes cencerrearón de lo lindo frente a la casa donde el escolapio se albergó.

No crean que aquella noche desempeñaron buen papel los cencerreiros. Porque el diablo sabe lo que entretanto estaría haciendo el bueno del escolapio. Es posible que exclamara con gran regocijo al oír la serenata: «¡Qué suerte la mía! ¡Hasta con música!».

## Explotación infame

A las dos y media de la noche del 20 del actual, veintinueve asiladas trabajaban en el Asilo de San José (San Sebastián). Desplomóse un muro sobre ellas y quedaron seis muertas, sufriendo contusiones las demás.

El suceso, como se ve, es sencillo; cinco líneas bastan para relatarlo, como bastan dos para decir:

Ni la superiora, ni el capellán, ni nadie está en la cárcel por este hecho.

No quiero dejarme llevar por la indignación, ni dar pretexto para que se diga que me ciega el odio sectario. Dejo, por lo tanto, la palabra a un periódico católico, apostólico, romano: *El Nacional*.

### ESCANDALOSO

Todos los periódicos han dado cuenta de la catástrofe ocurrida en el Asilo de las Hermanas Oblatas de San Sebastián, pero ninguno se ha fijado, o querido fijar, en las circunstancias del hecho.

Ocorre este a las dos y media de la madrugada, y sorprende a las infelices asiladas ocupadas, no en labores propias de su sexo, sino en abrir una zanja para la cimentación de un muro.

Es decir, que en ese establecimiento de caridad se ocupa a las acogidas en trabajos que sólo desempeñan los hombres robustos, y para esta explotación se aprovechan las horas de la noche.

Entre las víctimas del percance, entre las pobrellas que quedaron sepultadas por los escombros, había alguna de quince años: hasta a las jovencillas se las emplea en trabajos impropios de su sexo y de su edad.

Y el abuso llega al extremo de esas tareas se realizan de noche, privando a las asiladas del necesario descanso, y, además, como aprovechando la oscuridad para ocultar esa explotación.

Prescindimos de todo prejuicio, de toda opinión, y vemos este asunto sólo como cuestión de humanidad.

Ese Asilo se ha fundado para acoger desvalidas, y no vemos caridad en hacer trabajar a infelices mujeres de noche y en tareas sólo propias de hombres, y que para ellas resultan brutales, verdaderos trabajos forzados.

Aun en presidio los penados no trabajan de noche por que no lo permiten los reglamentos, y es verdaderamente inicuo que eso suceda en un establecimiento que figura como benéfico.

¿A que régimen está sometido el Asilo de Oblatas, de San Sebastián? ¿Puede tolerarse que continúen cometiéndose en él abusos semejantes?

¿Ignoramos todavía qué medidas han tomado las autoridades—empezando por las eclesiásticas—para castigar a los responsables de las desgracias allí acontecidas, y creemos del caso llamar sobre ello la atención del Gobierno para que excite al celo de sus representantes.

Hechos tales piden un enérgico correctivo para evitar su repetición, en nombre de la religión, de la justicia y de la civilización.

Hay que evitar que fuera de España se diga de nosotros lo que se dice, porque no puede merecer opinión favorable un pueblo donde la religión y la caridad sirven para amparar la explotación de los desgraciados, sin que semejante crimen se persiga y se castigue.

Diciendo esto un periódico monárquico y católico, lo menos que debería pedir yo era que ahorcasen a todas las Oblatas, después de empujarlas; pero como tengo un corazón muy sensible, me contentaría con que las pusieran en la frontera, después de tenerlas diez años de internas en Alcalá. O veinte, que por esto no habíamos de reñir.

Se fijaron bien mis lectores en el artículo del número anterior sobre el uso de las placas del Sagrado Corazón de Jesús, en Bilbao especialmente?

Pues bien, una advertencia. Ahora sirve esa placa a los clericales para conocerse y contarse. Que mañana nos sirvan a los liberales para conocerlos y descontarlos.

Al efecto ábrase en cada localidad un registro donde consten los nombres y señas de todos los que tienen placas en sus puertas, para que no valga el quitarlas cuando la cosa se ponga fea para ellos.

Y de lo que ocurra después, ya se irá enterando el curioso lector.

## Cosas Literarias y Artísticas

### EL TRABAJO DEL INGENIO

Cuando el trabajo del ingenio no constituye la más noble de todas las profesiones, es el más vil de los oficios. La desesperación, el odio, la envidia, la miseria, la duda, el vicio y la demencia se hallan algunas veces en medio de esa carrera despreciable donde la concurrencia reemplaza a la emulación, donde la popularidad reemplaza a la gloria, donde el dinero es un fin, el desbarreglo un aguijón y la embriaguez una maza.

¿Veis a ese desgraciado, joven todavía, con el rostro contraído y los ojos extraviados? Había nacido para vivir libre y feliz detrás de un arado, sembrando con orgullo el grano para la próxima cosecha. Al llegar la noche hubiera comido delante del hogar el pan ganado durante el día; cada uno de sus pasos, de sus movimientos, hubieran producido la vida por todas partes.

Pero contempladle en la ciudad, pensando noche y día su cabeza entre sus manos, expirándola y haciéndola sudar narraciones, aventuras y toda clase de combinaciones para una multitud lamélica que le devora y abandona por otro, cuando ya no puede sacar más partido de sus abultadas fuerzas.

Durante más o menos tiempo, nuestro hombre hará casar a Enrique con Arturo, sorprenderá al amante por el marido, envenenará a éste, guillotinará al de más allá, con el interés hábilmente suspendido, hasta la terminación del capítulo o del folletín.

Vendrá sucesivamente amor, celos, lágrimas, historia, sátira, moral, elogios, insultos, política, progreso, sentimiento, obediencia y religión; y tanto la línea, según el gusto del lector, las tendencias del periódico y las corrientes del momento. Cuando se haya acabado el dinero, vivirá sobre el país; refundirá comedias olvidadas, remendará antiguas fábulas y dará nueva vida a las narraciones de los pasados siglos. Devorará bibliotecas enteras, porque necesita ideas, anécdotas, palabras, notoriedad y oro. Quiere ser célebre, y cuando logre su intento será rico; una vez rico será libre.

¡Libre! He aquí el sueño de todos los minutos, el sueño irrealizable. Pero ni el periódico ni el teatro pueden esperar. Es preciso escribir a toda costa. Si las fuerzas le abandonan, tomará café; si le falta inspiración, beberá ajeno.

Apresúrate, haz toda clase de evoluciones sobre ti mismo; hinchate como una esponja, exprime como un limón hasta que te seques súbitamente; procura que la demencia te agite como el viento agita al árbol en la llanura; que sobrevenga la parálisis; que el embrutecimiento se apodere de ti, y que al fin la muerte dé al traste con todo.

Entonces, al entrar en casa de aquel desdichado, sólo se encuentra el desorden y la indigencia; una antigua querida de la que nuestro protagonista hubiera hecho su esposa en un rapto de lirismo o de enervamiento; unos pobres niños, vestidos ya de luto, atónitos y llorando a lágrima viva. Siéntese allí todavía el hedor del tabaco. ¿Le gustaba tanto fumar! ¡Pobre muchacho! Sabía perfectamente que semejante vicio le era en extremo perjudicial, pero no había podido desahuciarlo jamás.

Algunos amigos le acompañan al cementerio, escoltados por una turba curiosa. Cuéntanse multitud de anécdotas relativas al difunto y se pronuncian discursos sobre su tumba; cúbrense su cadáver bajo una losa; dedícanse varios artículos necrológicos; se habla de él durante dos o tres días, se come y se vive recordándole; se abre una suscripción para erigirle un monumento, y se obtiene del gobierno una pensión para su viuda y una cantidad para sus hijos.

¡Adiós, grande hombre de un año, de un mes, de un día! Ya no queda nada de ti. Duermes tranquilo; al fin has llegado para ti la eterna noche.

En este infierno, en esta mazmorra, en este sumidero es donde multitud de jóvenes se precipitan sonrientes y de buena fe, engañados por la superficie, creyendo encontrar la fortuna y el renombre, en vez de dedicarse a ese trabajo humilde, tranquilo y seguro que hace a los hombres fuertes, serenos, respetados, útiles y buenos.

Yo también he atravesado esos horribles pantanos al empezar mi carrera, y he salido desolado y lleno de terror, espantado de lo que he visto, y que me espanta todavía cuando por azar penetro nuevamente en ellos, sea para estrechar la mano de un antiguo compañero, sea para ir a recoger su cuerpo y conducirlo a la morada del silencio eterno. Yo estaría muerto hace mucho tiempo si hubiera tenido que permanecer en ese inmundito lodazal.

¡Bendito sea Dios, ó el árbitro, sea quien sea, del destino universal, que me ha iluminado para que pudiera salvarme, otorgándome una comunicación de pena!

¡No! Dante, a quien se invoca siempre cuando se trata de un suplicio abominable, no pudo ni imaginar en sus tiempos el tipo de ese condenado de la producción intelectual, rodando su cabeza, como Sisifo hacía rodar su piedra, y golpeando la contra gruesas murallas de bronce para hacer brotar la última chispa.

ALEJANDRO DUMAS (hijo.)

Ningún republicano ha dicho en las Cortes que la diócesis de Cádiz sólo tiene 25 parroquias, y para ella paga el Estado un obispo, cabildo, Seminario, visita y demás capítulos como para la de Oviedo, que tiene más de 700. Todos los párrocos de Cádiz cobran, en junto, la décima parte que el alto clero.

Ni que la diócesis de Menorca, dotada como la de Cádiz, tiene menos almas que

la parroquia de San Lorenzo de Madrid, que sólo cuesta al Estado 7.000 pesetas anuales.

Ni muchas cosas por el estilo que deberían saber, decir y combatir.

¡Pero qué majadero soy! ¡Y si se incomodaban los curas y los ponían en entredicho! ¡Ay que disgusto para la familia!

Nada, nada, retiro lo dicho. Los republicanos han hecho bien no ocupándose de eso.

En último caso, el pueblo es el que paga, y el pueblo no sirve para maldita la cosa, como no sea para votar personajes de guardarrropia.

## Recuerdo inoportuno

Un periódico enemigo de los curas, no moralizador de los malos como lo es EL MOTIN, con motivo de los regocijados conatos de ataques a los conventos, ha recordado este gracioso incidente relativo a los jesuitas:

«En Talavera, el pueblo indignado porque acaparaban el trigo y por otros muchos abusos que allí contribuían al empobrecimiento general, invadió su convento, destruyendo cuanto halló al paso y apoderándose de una parte del trigo almacenado. Los buenos padres huyeron prontamente, pero sin llevarse varios objetos que los comprometían. El pueblo encontró fotografías de mujeres desnudas, en las que reconoció las caras de algunas mamás de niños que se educaban en el colegio, de otras señoras y señoritas devotas y confesadas de los padres.

Gran escándalo, risas y las fotografías pasando de mano en mano, mientras decían los que las miraban:

—¡Calla! Esta es Doña Fulana; esta es la Zutania; ¡miren las hipocritas!».

Hallaron también unas botitas de señora con las medias dentro. Sin duda la propietaria huyó al empezar la invasión, no teniendo tiempo de ponerse medias y calzado.»

Descando estoy que se arme el gran jollín, para demostrarle con pruebas al periódico impío que ha hecho ese recuerdo, la poca importancia de los incidentes que cita, comparada con la de los que vamos a describir entonces.

Pues todo eso es nada comparado con lo que en tan santos asilos ocurre, según me asegura una beata que los ha frecuentado. Muy guapa por cierto.

## POLAVIEJA

Pedro Barrantes, el valiente é inspirado poeta que fué tan elogiado por la prensa cuando publicó el folleto titulado *El Padre Sans*, acaba de lanzar otro, titulado *Polavieja*, que deja en mantillas a aquel en todo; en intención, gracia y parecido del retrato.

Véndese a veinte céntimos en la redacción de *Don Quijote*, Palma, 32, duplicado, y no hay que dormirse para adquirirlo, porque se vende más aprisa que un neo su honradez.

Un pobre albañil de 57 años de edad, que trabajaba en el convento que las monjas oblatas están construyendo cerca de la carretera que conduce desde Cuatro Caminos al depósito de la Sociedad de Abastecimiento de Aguas, en Santander, cayó de una altura de 20 metros, y como no había por allí ningún santo milagroso de esos que detienen en el aire a los albañiles que caen, quedó muerto al rebotar en la tierra.

Las oblatas están de enhorabuena; en San Sebastián mueren cinco infelices muchachas en su convento; en Santander un albañil...

Se han hecho célebres por medio de la sangre. Verdad es que de ella viven, chupando la de las acogidas, jóvenes desdichadas a quienes hacen trabajar como burros para que les produzcan todo el dinero que necesitan para vivir en grande y mandar a las casas matrices.

¡Pobres españoles! Los yanquis nos zurrán, el fisco nos empobrece, las gentes religiosas nos chupan los tuétanos y el mundo entero nos desprecia...

Indudablemente vamos camino de la regeneración.

## El ahogado

Naturalmente, José tenía su genio, y, como él decía, don Andrés le había faltado. Porque tienen la sartén por el mango y son ricos, se creen con derecho para llamarle a uno animal a cada paso. Ellos, que son ricos y han recibido educación, debían tolerar nuestras palabrotas, porque ya saben que somos unos brutos, y sino que nos enseñen. Pero se le vienen a uno encima con insultos, y si uno replica, porque hay por dentro algo de pundonor, ó lo que sea, a la calle.

Fué ello que José hizo un trabajo que no estaba a gusto del jefe del taller, y con eres un animal, y el animal lo será usted, y eres un insolente y ahora mismo te plantas en la calle, y venga la cuenta, y dímes y díretes, y palabras gordas, total, que José se halló sin trabajo.

El era hombre decidido y hubiera ido al fin del mundo; pero ¡quién se movía con madre, mujer y cinco hijos!

Pasaron dos meses de idas y venidas, sin resultado ninguno; el crudo invierno se echaba encima, y con él el hambre aterradora. Todo lo empenable estaba ya empeñado.

José tenía un carácter alegre, pero aquello se ponía feo y la tristeza del hogar le invadía. La pobre madre anciana, la mujer tan buena y tan trabajadora, los chiquitines tan monos, todos con hambre, todos en la calle el primer día, sacados a la fuerza, su madre arrastrada por el brutal caso sin entrañas... Este cuadro le horripalaba. ¡No! No; eso no lo podía él consentir. Se reclinaba, se consideraba el culpable de todo por su maldito genio, pero no había tenido paciencia para aguantar los insultos de don Andrés.

Tuvo mil tentaciones, de robar, de matarse, de

hacer una barbaridad; pero el recuerdo de sus hijos le templaba y ahogaba en sí los designios siniestros.

Un día triste del mes de Enero, nebuloso y frío, salió de casa dispuesto a todo. Desde el día anterior, nadie había probado bocado en casa. La anciana madre se empeñaba en salir a implorar la caridad con uno de los nietecillos.

Aquello fué un fustazo dado a su dignidad de hombre, y le dolió infinitamente más que los insultos del jefe, y se lanzó a la calle dispuesto a no volver a su casa sin hallar una solución a su miserable estado.

Cafía una llovizna fría, nieve líquida. Reflexionó un rato; pensó ver a don Andrés y pedirle perdón; pero, no; esto le avergonzaba, aparte de que sabía que era hombre duro, intratable, que jamás perdonaba. Lo mejor era irse derecho al dueño de la fábrica, a don Tomás Argente, y allá se fué el pobre José, triste y acobardado.

Le animó mucho el que fuera recibido sin obstáculos.

Al entrar en el despacho del opulento señor, golpeó al corazón furiosamente y los dientes le castañetaban por el frío y la emoción. Estaba el despacho tibio, silencioso, hermosamente amueblado; cubría el suelo una rica alfombra, en la que los pies se hundían blandamente. Eran para él imponentes aquel silencio y aquel lujo, en medio del cual era una nota discordante su pobreza. El señor Argente hallábase sentado junto a una mesa llena de libros y papeles.

La miseria, como la ignorancia, crea una superstición; los romanos levantaron un altar a la fiebre, que los mataba; así la miseria medrosa mira al opulento como a un ser sobrenatural, semidivino, potente, y lo es, en efecto, porque tiene en su mano la muerte ó la vida del desheredado.

No pudo José articular una palabra; la emoción le ahogaba, y cayó a los pies del señor Argente sollozando. ¡Triste cuadro de la miseria a los pies de la opulencia, como la fierra amansada que teme al látigo y lame la planta del domador!

—¡Por mis hijos, señor, por mi pobre madre!

—¡Dijo José!—¡Déme trabajo, déme pan para los míos!

—¡Ah! Usted se portó muy mal...

—¡Perdón!

—¡Perdón, perdón!... Esas cosas se piensan antes. El trabajador tiene que ser dócil...

—Lo sé; estoy arrepentido.

—Pero es tarde ya. Su plaza está ocupada. Siento no poder complacer a usted. Retírese.

El tono imperativo del opulento anonadó a José. Salíó sin replicar, tropezando con todo.

Seguía la llovizna helada; apenas eran las cuatro y ya anochecía con un crepúsculo de infinita tristeza. Aterró la idea de volver a su casa, y en su mente ardorosa se presentó la muerte, el miedo al tormento de la vida. Cruzó con resolución las calles que le separaban de la orilla del río, cuyas aguas abrieron al poco rato la fúnebre tosa que tragó el cuerpo del desdichado, volviéndose a cerrar, formando ondas que fuéron ensanchando por series de círculos concéntricos hasta apinarse en las orillas como para comentar la enorme desventura. la gran tragedia de la miseria humana.

LUIS AGUIRRE.

Gil Robles, catedrático integrista de Salamanca, ha puesto como sucia conciencia de beata a su jefe Nocedal, llamando sencillos é incondicionales a los cabritos, mulos y demás ganado nocedalino. Dice que esa piara es capaz de calumniar al que su amo le señale, con la misma lengua en que hipocrita y neciamente ponen a diario el nombre del nombre del Corazón de Jesús, alardeando del más REPUBLICANO PIETISMO; afirmando también que Nocedal no quiere definir la actitud del integrista respecto de las instituciones, ni plantear decididamente la cuestión de relaciones con los obispos, así como tampoco sumarse con el carlismo, por no dejar de ser jefe.

Y no es una vergüenza que estos clericales, verdadera pillería a juzgar por lo que dicen unos de otros, domine en un país de hombres honrados? ¿No se sonrojan los liberales de prestarles auxilio, en vez de contribuir a barrerlos?

Afortunadamente esto durará ya poco. El pueblo ha indicado hace días lo que hará aquel en que asome el de la justicia, y esto anima, consuela y corrobora la digestión. Mala ha de ser la que hagan aquel día los que no puedan escapar. El Señor los coja confesados y sin un pecado a cuestas, porque si no van a verse en pocos minutos en el reinado de mi amo y señor don Luzbel. Y entonces será el crujir de dientes.

¡Ay qué miedo y qué gusto!

## LA PROPIEDAD

Un noble posee un dominio y saca de él 300.000 libras de renta por año. El y su familia han sacado una renta equivalente durante cinco ó seis siglos, y la tierra es suya.

Suponed que un hábil ingeniero de una población industrial, de Oldham por ejemplo, invente una máquina de tejer y que por ello obtenga patente de invención; suponed que un escritor haga un libro y disfrute los derechos de autor que le garantiza la ley. La patente caducará a los catorce años y los derechos del actor á los cuarenta.

Ahora comprenderéis la diferencia entre las leyes que rigen la propiedad de la tierra y las que se aplican a las demás propiedades. El privilegio de propietario de la tierra no expira jamás.

Y, sin embargo, el propietario no ha hecho la tierra, mientras que el ingeniero ha inventado su telar y el escritor ha escrito su libro!

BLATCHFORD

## A una señora

¡Cuántas ideas tuyas cambiarían si leyese usted aquellos libros y aquellos periódicos de todos los países que ve usted algunas veces amontonados en mi mesa, y que mire con aire de repugnancia!

Descubriría una legión de pensadores potentes y serenos, de quienes se asombraría de haber ignorado el nombre hasta ahora, y de que cada una de las personas que la rodean lo ignore, en los cuales se aduna la fuerza de una ardiente fe y la autoridad de una vasta y nueva cultura; naturalezas intelectuales, temples de almas nuevas, gallar-

das é ingenuas, apasionadas y pacientes á la vez; mujeres de ingenio viril y de corazón angélico; poetas incultos en cuyos versos informes relampaguean imágenes inmensas; autores delatados solitarios, susgidos de la gleba, en los cuales se adivinan estudios fatigosos, comprobados, violentos como una lucha física proseguida por veinte años en la buhardilla y sin fuego, á prueba de sacrificios heroicos; una falange de escritores extraños, ásperos, atormentados, oscuros, de los cuales se ve á través de cada página sudar la negra frente y brillar los ojos sangrientos, quemados por la reverberación de los hornos, pero dotados de una elocuencia misteriosa, que la harían pensar, señora, día y noche.

Escucharía de rudas bocas de trabajadores verdades y razones que ningún libro las ha dicho jamás; narraciones de miserias y gritos del alma que la harían temblar como el murmullo de los sollozos de un mundo; palabras de piedad y de ternura que sería obligada á repetir á sus hijos y que no se le borrarían jamás de la mente. Y acabaría por amar á todos aquellos hombres de todas clases y de todos países, que llevan sobre la cerviz, como una estrella roja, la misma idea, que se cambian á través de los mares y de las fronteras palabras de fraternidad y de esperanza, y poco á poco, abrazando con el pensamiento el horizonte vastísimo, viendo fulgurar la idea sobre miles de campos de batalla, y las legiones estrelladas avanzar y surgir por todas partes, engrosando á lo largo del camino como torrentes de inundación y sumergiendo en cada oleada una ruina del pasado, sería quizás sacudida usted misma por un estremecimiento de entusiasmo, y exclamaría:—¡Es justo, es benéfico, es necesario que esto suceda!

EDMUNDO DE AMICIS

Me escribe un amigo desde Barcelona:

«Si la prensa independiente y liberal no toma cartas en el asunto de Rosa Farrás, secuestrada por las madres filipenses del convento de San Gervasio de Cassolas, su anciano padre se quedará sin hija, y su capital irá á manos de las chusmas clericales.»

¡Ah! Pues entonces que renuncie á su fortuna y á su hija. Esa prensa necesita todo su espacio para tenernos al corriente del movimiento taurino, de las gentes que salen á veranear y de las novenas que se celebran.

Además, que no quiere comprometer ni una suscripción por defender la justicia, si usan toca, sayal ó solideo los que la atacan.

La consigna en todos esos periódicos parece ser esta: «Oído á la caja.» De la administración.

La marquesa de Castilleja fué en Sevilla á la iglesia del Santo Angel; le cayó encima un candelero, y ¡oh milagro! quedó en bastante mal estado. Dios castiga sin palo ni piedra; con candeleros.

### MI RELIGIÓN

¿Qué en qué creo yo? En que dos y dos son cuatro, en la ley de gravedad, en la presión atmosférica, en que el sol alumbraba, la tierra da frutos y el mar peces; en que hay mujeres guapas, hombres feos, niños mal educados, y mucho majadero y mucho imbécil y mucho pillo, y en otra porción de cosas tan demostradas como éstas.

—¿Y en la otra vida?

—¿Ahora salimos con esas? Suponía que hablaba usted en serio. Aunque lo tomen a mal todos los liberales que van á misa, no creo más que en aquello que está al alcance de mi razón, y sostengo que prestan un flaco servicio á la humanidad los que la entretienen con mitos y teologías.

Reproducirse para perpetuar la especie, y trabajar para engrandecerla y dignificarla, he aquí la religión á que debe rendir culto el hombre que quiera poseer todas las virtudes necesarias á su felicidad y á la de sus semejantes.

Disentir acerca de lo que no podrá probarse nunca, y dar valor de certeza á los sueños de la imaginación, es sencillamente ganas de perder el tiempo; pues, como dijo el filósofo, lo eternamente discutible es eternamente inútil.»

Felicitó á Roberto Castrovido por haber sido puesto en libertad provisional por la causa que le sigue en Valencia la jurisdicción militar.

Y le ruego me avise cuando recale por aquí, para correr á darle un abrazo.

## Apostolado de la Verdad

### FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN.

LA CRISTIANIDAD Y EL VATICANO, por Víctor Hugo.  
LOS REYES CON MOTIN, por «El Motin». Con láminas.  
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, RESCUELO DEL OBISPO STROSSMEYER.  
CARLA E EUGENIA, por Frère.  
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.  
MONJA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS JESUITAS.  
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Id.  
¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? DISCURSO PRONUNCIADO POR UN OBRERO EN EL CÍRCULO «LA PAZ» DE LIEJA.  
CARTAS DE FAVELERAND al obispo de Clermont y al abate MARY.  
CARTAS DE FAVELERAND al Papa Pío VII.  
PUESTOS MISTICAL, por autores renombrados, recopilados por «El Motin».  
LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.  
MÁXIMAS INMORALES DE LOS JESUITAS, sacadas de sus obras.  
MÁXIMAS PONTIFICIAS DE LOS JESUITAS, ídem, ídem.  
O CATORCISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.  
LAS SESENTA Y SEIS CÉLEBRES PRONUNCIAS DE ZAPATA. DAMELAS á una junta de doctores, por las cuales fue quemado en Madrid en 1931.  
CON LA JUSTICIA Y LA INJUSTICIA... CRÓNICA, por don Nicolás Díaz Pérez.  
LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Polvin («Dom Jacobus»).  
LA RECLUTACIÓN Y LA IGLESIA, por Idem.  
LOS MEJORES SONETOS PLÁNDOS, por Idem.  
CURAS Y AMAS, por Idem.  
ORACIÓES DE CURAS, por Idem.

MADRID.—IMPERIA, LIBERTAD, 29.